

**Dr. Franz Hartmann**

**DOCTRINA DEL  
CONOCIMIENTO**

**Según el**

**BHAGAVAD GÎTÂ**

**A la Luz de la**

**DOCTRINA**

**SECRETA**

## **CONTENIDO**

### **Capítulo I**

**Doctrina del Conocimiento según el Bhagavad Gîtâ, *página 3.***

### **Capítulo II**

**El Hombre Terrenal y el Hombre Celestial, *página 11.***

### **Capítulo III**

**El Universo, *página 21.***

### **Capítulo IV**

**Brama, *página 31.***

### **Capítulo V**

**La Creación, *página 41.***

### **Capítulo VI**

**Reencarnación, *página 51.***

# CAPÍTULO I

## DOCTRINA DEL

## CONOCIMIENTO

## SEGÚN EL BHAGAVAD GÎTÂ

*Que ninguno sea semejante a otro,  
pero que cada uno sea semejante al Más Elevado.*

*¿Cómo ha de hacerse esto?*

*Haciéndose cada uno completo en sí mismo.*

No hay en el mundo un libro tan altamente apreciado por parte de los que lo conocen como el **Bhagavad Gîtâ** (El Canto del Señor), el cual contiene la doctrina de la perfección humana en la existencia divina. Cuanto más a menudo lo leemos, tanto más nos sentimos elevados a las regiones de la Luz y de la Verdad; cuanto más penetramos en el espíritu de esta ciencia, tanto más nos aproximamos al conocimiento del principio divino de toda existencia, hasta una profundidad que permanece impenetrable para la filosofía natural, la que es sólo superficial y no se ocupa más que de fenómenos. Considerado a la luz del Bhagavad Gîtâ, el mundo nos aparece como algo muy diferente y mucho más sublime que cuando lo contemplamos desde un punto material y científico.

Entonces, en vez de un espacio inanimado, vemos un mundo lleno de luz y de vida; entonces, no nos aparece ya la naturaleza como una obra imperfecta, construida con cosas animadas e inanimadas, sino como una Unidad, como un organismo que lo abraza todo y que tiene fuerzas invisibles, como un todo activo, penetrado por el Espíritu Divino, que se esfuerza en manifestarse en todas las cosas; y reconocemos al hombre mismo como un ser supraterrrestre, ligado a un cuerpo terrestre, cuya constitución se ha desarrollado hasta su perfección actual en el curso de la evolución, lo que era necesario para facilitar en él un despertar del espíritu divino, y para prepararlo a reconocer finalmente a la Divinidad misma como base de su propio ser verdadero y como causa interior de su existencia.

Con el despertar de esta conciencia su vida misma llega a tener un objetivo enteramente nuevo y hasta entonces inconcebible. Encuentra que el

verdadero objeto de su existencia no es ni la posesión de cosas exteriores, ni los placeres de sus sentidos, ni la satisfacción de su curiosidad científica; sino el conocimiento de su propia existencia divina y la consecución de la conciencia de su inmortalidad. Cuando se consigue la vista espiritual por medio de la comprensión de las enseñanzas del Bhagavad Gîtâ, se descubre que así como el ser terrestre se halla en relación con todos los demás seres de la tierra, de la misma manera el ser íntimo puede comunicar con los habitantes del reino de los espíritus. El hombre descubre que de hecho está ya en el cielo, porque el «cielo», o «supra-mundo», es la causa fundamental de los fenómenos de la naturaleza y de las criaturas; y descubre también que no puede efectuarse ninguna manifestación de los mismos en formas visibles sin la presencia del alma. Por medio del despertar del conocimiento interior se eleva por encima de los límites de la teoría y recibe instrucciones por propia experiencia; el espíritu divino, despierto a la conciencia de sí en él, reconoce su propio ser espiritual, y con éste, el mundo suprasensible del espíritu, en el que habita.

Empero, tal despertar no se consigue sin combates reñidos. En realidad, la divina luz de la Verdad penetra en el alma del hombre sin que él pueda ayudar a la luz; pero esta penetración se halla estorbada por una multitud de obstáculos en forma de deseos y pasiones, conceptos falsos, e intuiciones pervertidas, y el Bhagavad Gîtâ enseña quiénes son estos enemigos y cómo se ha de vencerlos. En él se describe el combate entre la parte inmortal y la parte mortal del hombre, y se indica el camino a la victoria de lo divino sobre lo animal en el hombre.

Arjuna (el hombre) se halla en el campo de batalla (el campo de acción) entre los dos ejércitos enemigos, compuestos el uno de los poderes superiores del alma (los Pandavas), y el otro de los poderes inferiores (los Kurus). Allí está el hijo de Kunti (del alma) enfrente de sus parientes, hijos de Dhritarâshtra (la existencia terrestre) y se encuentra amenazado por el egoísmo, la obstinación, la presunción, la ilusión de sí mismo y sus pasiones, el deseo, la emoción, el odio, la ira, etc.; pero también de su lado hay valientes guerreros. Primero, está Él mismo, la voluntad para el bien, la resignación (Indhistira), el amor a la verdad, la conciencia superior (la confianza en Dios), el poder de la convicción (la fe), la sublimidad, el sentimiento del deber, la perseverancia, la sinceridad, el sentimiento de la justicia, el imperio de sí mismo, etc. Arjuna reconoce que los enemigos con quienes tiene que luchar, aunque no son su propio Yo, son, sin embargo, sus más próximos parientes, sus amigos y sus preceptores (pues también las pasiones enseñan al hombre),

y por tanto, son como parte de su Yo. Entonces le falta el valor para pelear, y deja caer su arco (la voluntad).

Al mismo tiempo aparece Krishna, el hombre divino (Cristo) que mora en el hombre, y da instrucción a Arjuna acerca de la verdadera naturaleza de éste y de su situación respecto de Dios. Le explica cómo aquello que el hombre personal tiene por su «yo», no es más que una ilusión; cómo todas las condiciones, pasiones y emociones que resultan de esta ilusión, no son sino fenómenos pasajeros; cómo por medio de ellas el hombre alcanza la redención; cómo las domina y se une con Dios, el Yo inmortal de todos los seres. El Bhagavad Gîtâ enseña, por consiguiente, la más sublime de todas las ciencias, la Unión del hombre con Dios (Yoga) y el camino de la inmortalidad.

Lo que sucede a todas las cosas santas y verdaderamente religiosas, cuando se consideran desde el punto de vista de la inteligencia común, animal y limitada, y se juzgan superficialmente, y así son degradadas y mal comprendidas en el dominio de la vulgaridad, de la irreflexión y del error, eso mismo sucedió de diversas maneras al Bhagavad Gîtâ en las manos de los filósofos y literatos. Considerado exterior y superficialmente, ofrece un episodio de una batalla que se halla descrita en el Mahabharata, el cual es una parte de los Vedas. La edad de la doctrina expuesta en éstos, se estima, según los datos astrológicos en ellos contenidos, en 25.000 años por lo menos, y los sabios entre los Brahmanes se hallan tan poco de acuerdo acerca de la época en que tuvo lugar la batalla entre los Kurus y los Pandavas, como lo estaban los teólogos de la edad media acerca de la época en que Adán comió la «manzana», del lugar en que había estado el «paraíso», etc. Bien podemos dejar a los filólogos, teólogos e investigadores de la historia, la tarea de ponerse de acuerdo acerca de este asunto tan poco interesante para nosotros; nada tenemos que hacer con palabras y formas vacías, sino con el espíritu de las doctrinas contenidas en los Vedas, el cual es el espíritu de la Verdad, y, por tanto, del verdadero Cristianismo. Empiézase ahora en Europa a reconocer con alguna generalidad lo sublime de estas doctrinas. Ellas llegaron a arrebatarse hasta el entusiasmo al regañón y áspero A. Schopenhauer, pues, habiendo conseguido conocerlas en parte en una traducción persolatina, llamada el «Oupnekat», es decir, «el secreto que se ha de guardar», escribió lo que sigue: «¡Cuan poderosamente se halla embargado interiormente por aquel espíritu (de los Vedas) el hombre que, por medio de una lectura asidua, ha llegado a comprender perfectamente el persolatín de este libro incomparable!. ¡Cuánto rebosa cada línea de significación seria, precisa y universalmente

armoniosa!. A cada renglón encontramos pensamientos profundos, originales y sublimes, mientras que una noble y santa austeridad ondean por encima del todo. Allí, todo respira aire indio y existencia congenial. ¡Oh, cuánto leyéndolo se purifica aquí el espíritu de las supersticiones judaicas inoculadas en la niñez, y de toda esta filosofía servil!. Es la más instructiva y arrebatadora lectura (con excepción del texto original) que haya en el mundo; ha sido el consuelo de mi vida y será el de mi muerte». (Parerga II. S. 427). Guillermo de Humboldt dice, por su parte, que da gracias a Dios de que le haya dejado vivir bastante para llegar a conocer esta obra.

La circunstancia de que la larga conversación entre Krishna y Arjuna al principio del combate, tenga lugar en el campo de batalla, el cual, a la verdad, no es un lugar a propósito para extensas discusiones filosóficas, y la de que la «capital Hastinapura» quiere decir el reino de los cielos, habría podido muy bien sugerir a ciertos sabios intérpretes del Bhagavad Gîtâ, la idea de que en esta obra, lo mismo que en la Biblia y en otras escrituras de naturaleza mística, se habla de cosas espirituales y no de algunos acontecimientos históricos particulares, aunque esas cosas se hallan presentadas en forma de narraciones a fin de hacer más comprensible la verdad que contienen. No se trata, pues, de cosas que acontecieron en otro tiempo y que ahora pertenecen al pasado, sino de la acción continua de la Ley del Espíritu en la naturaleza. Así como un árbol no ha crecido sólo una vez, sino que los árboles crecen continuamente, del mismo modo se repite constantemente la batalla entre los Kurus y los Pandavas en cada hombre que se esfuerza en desarrollarse espiritualmente, y también en la vida de la humanidad considerada como un todo, cuya evolución es el resultado de la suma de la evolución de todos los individuos. De igual manera se efectúa continuamente la gran obra de la Redención, la cual tiene que ser interior si ha de salvar al hombre interior. Ahora, lo mismo que millares de años ha, al hallarse suficientemente evolucionada la forma humana para recibir la luz del Pensamiento divino, la luz espiritual penetra en él, y cada vez que el hombre obtiene la conciencia de ello, nace en él el Redentor, la percepción de su existencia divina. Esto lo han sabido y conocido también los santos y místicos cristianos, y la doctrina cristiana del renacimiento espiritual del hombre, no es otra cosa que la doctrina del despertar de la conciencia de Dios en él, así como está representado alegóricamente en el «Nuevo Testamento». Cada uno es Arjuna; cada uno tiene su carro militar, es decir, su naturaleza dotada de poderes místicos, y en él se halla también su guía espiritual (Krishna), el cual da consejos al hombre terrenal. Si el hombre, en su conciencia, se vuelve uno con el Salvador que

mora en él, Arjuna y Krishna, Adán y Cristo convienen en esta unión, y el carro se convierte en templo de Dios, quien mora en nosotros; entonces Arjuna es el hombre terrenal que piensa, Cristo el Hombre Dios que sabe, «el otro Hombre que desciende del cielo», el que habita en el hombre terrenal y encima de él, y sólo por la reunión con el Hombre Dios, quien es la Verdad, puede el hombre terrenal alcanzar la perfección y la redención del error y del pecado.

Esta batalla entre la naturaleza divina del hombre y su naturaleza animal intelectual se halla representada alegóricamente en todos los grandes sistemas religiosos. Por ejemplo, en el cristianismo, es el combate entre el arcángel Miguel (el Yo superior) y el dragón (el que representa al yo aparente), cuya boca es la codicia, cuyo aliento es la pasión, y cuyas alas son la obstinación y la gran ilusión. En cada ser la luz lucha con la oscuridad; en cada forma el espíritu de Dios en la naturaleza procura manifestarse; mas sólo en el hombre encuentra un cooperador que puede ayudarle, con conciencia e inteligencia, a vencer la oscuridad y el error.

La clave para comprender el Bhagavad Gîtâ, lo mismo que la Biblia y otras escrituras teosóficas, es el conocimiento de la doble naturaleza del hombre, y la capacidad para distinguir en él lo inmortal de lo mortal, enseñándonos aquél cómo pueden alcanzarse este conocimiento y este discernimiento. No sirven de mucho el conocimiento únicamente teórico o la creencia ciega acerca de la doble naturaleza del hombre, porque ni en el uno ni en la otra consiste aquella verdadera percepción a la que no se llega sino por la experiencia. Sin duda no carece de valor un conocimiento meramente teórico de esta ciencia, porque puede inducir al hombre a buscar por sí mismo el poder superior que reside en él; pero así como el estudio de un camino en el mapa tiene un verdadero objeto sólo cuando se sirve uno de él, y del mismo modo que llegamos a conocer perfectamente un camino sólo cuando andamos personalmente por él; o como el estudio de una lista de manjares no puede saciarnos si no se nos da a comer ninguno de dichos manjares, de igual manera el Bhagavad Gîtâ llena su objeto real cuando se practican en la vida usual las doctrinas que contiene. No podemos tener de las cosas exteriores que nunca hemos visto, sino un conocimiento teórico que existe nada más que en nuestra propia concepción, y este conocimiento queda incompleto mientras no lo confirma la percepción propia. Lo mismo sucede con las cosas espirituales. El verdadero conocimiento no consiste en saber lo que hay en el Bhagavad Gîtâ o en la Biblia, sino en un despertar del espíritu, por medio del cual la Verdad misma se manifiesta en el hombre y viene a ser parte de su ser. Sólo

por este medio llega a tener conciencia de sí misma. En cada hombre hay una chispa de la divina conciencia de sí; esta chispa es «la semilla de la existencia inmortal» (*Bhagavad Gîtâ, VII, 10*), la que, cogida por la llama del amor divino, se convierte en luz en la que desaparece todo lo variable (apariencias, fantasías e intenciones), y en cuyo esplendor se manifiesta la eterna realidad. Cada cual tiene que ser un Arjuna y trabar batalla con su propia ilusión, su propia presunción, sus propias preocupaciones, deseos, pasiones y errores, a fin de saber lo que significa esta batalla; tiene que percibir en sí mismo la presencia de Krishna para poder presentir lo que es la reunión de Dios con el Hombre.

¿De que me sirve el leer en la Biblia que alguno dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», o saber que en el Bhagavad Gîtâ se dice: «Yo soy lo Más Elevado en todas las cosas, Yo soy la Luz en todas las cosas que tienen luz, Yo soy el origen de todo, Yo soy el principio, el medio y el fin», etc., si no sé qué significa este Yo, que es en todas las cosas, y por tanto en mí también, la Luz y lo Más Elevado, mi principio y mi fin, y lo considero como algo para mi extraño e inaccesible?. Por supuesto, no encontraré jamás a este Yo divino en tanto que lo busque sólo fuera de mí y no en mí mismo; pues no se puede encontrar a Dios ni con el telescopio ni con el microscopio; pero el que ha encontrado en sí mismo a su verdadero Yo divino, el Yo de todos los seres, lo reconoce también en todos. «Aquel que ve a Dios en sí mismo y en los demás, es el verdadero vidente» (*Bhagavad Gîtâ, XIII, 27*). El camino que conduce a este conocimiento se enseña en el Bhagavad Gîtâ. Es el camino de la Verdad, y nos lleva del abismo de ilusiones en que nos encontramos, a la existencia inmortal en la imperecedera Realidad. Nos lleva a la meta, supuesto que la encontramos verdaderamente, y que no recorremos el camino tan sólo en nuestra fantasía.

La Verdad es la Realidad. Todo lo demás es apariencia pasajera. La Verdad es imperecedera, y por tanto no puede perecer tampoco lo que en nosotros es verdadero; mientras que la destrucción es el fin de todo lo que en nosotros no es ni verdadero ni eterno. Aun lo que tenemos de eterno e inmortal alcanza para nosotros un verdadero valor sólo cuando lo percibimos, porque es inmortal también la materia de que se compone una piedra o un pedazo de madera; nada se pierde en el universo; pero una inmortalidad de la cual no se tuviera conciencia, sería tan absurda como la posesión de un reino acerca del cual nada se supiera.

«Pero, - dirán muchos -, encontramos ya expuesto en la Biblia el camino de la Salvación. ¿Para qué necesitamos las escrituras de los sabios



indos?». El que entiende el significado secreto de la Biblia, no necesita ya ni la Biblia ni el Bhagavad Gîtâ; más al que no lo entiende, le sirve precisamente el Bhagavad Gîtâ para aprenderlo. No despreciamos la Biblia, sino que la estimamos tanto más cuanto que ella, hasta donde está bien traducida, contiene en gran parte una versión de las enseñanzas que se hallan en los Vedas indos; únicamente que en ella falta la base científica que se encuentra en éstos. La Biblia fue escrita originalmente para los iniciados, es decir, para los que percibían y reconocían en sí la omnipresencia del Espíritu Divino, y no necesitaban, por consiguiente, ninguna prueba de su existencia. Pero a medida que se convirtió en propiedad común, y se fue perdiendo la clave de sus secretos sagrados entre los profanos, se apoderó de ella la indiscreción; la oscuridad de la letra sucedió a la percepción del Espíritu y produjo las pervertidas interpretaciones, que, como es sabido, fueron causa de los más grandes errores. Por consiguiente, vemos todavía que, no obstante toda la llamada instrucción religiosa, la «religión» carece de base razonable, y que a menudo degenera en fanatismo y en superstición; mientras que la filosofía, y especialmente la ciencia médica, carecen del apoyo de un conocimiento verdadero que se origine en el conocimiento propio de la Verdad eterna, no pudiéndose alcanzar sino por el poder del Amor, el cual es superior a todo egoísmo y lo abarca todo; sin esta elevación, la ciencia no puede salir del círculo de su limitación ni desarrollarse hasta aquella grandeza espiritual que es necesaria para alcanzar esa contemplación superior del mundo, la que reconoce al universo como un todo, distingue la unidad del Ser de todas las cosas, y percibe la dependencia íntima de las criaturas entre sí.

El iluminado místico Tomás Kempis, dice: «Dichoso aquel a quien la sabiduría misma enseña, no por medio de obras transitorias, sino tal como es por su naturaleza». «Pero hay muchos que son capaces de conocimiento, y que, sin embargo, no pueden alcanzarlo a causa de que los ha cegado el mundo del error y no pueden ya abrir los ojos». Para tales está escrito el Bhagavad Gîtâ. Dichoso es aquel que se encuentra ya tan penetrado del poder de la fe, y cuya alma se ha arraigado tan firmemente en el conocimiento de la Verdad, que no precisa ningún apoyo científico en que sostenerse; pero muchos necesitan semejante apoyo a fin de no ser derribados por la tempestad. Son de muchas especies los enemigos que impiden el despertar del alma del hombre. Dichoso aquel que conoce tales enemigos y su origen. Es fácil predicar: «Refrena tus pasiones, ama a Dios, domínate a ti mismo»; pero es difícil seguir este consejo para el que no conoce la naturaleza de sus pasiones y no sabe por qué no debe satisfacerlas, que no sabe dónde puede encontrar a

Dios y no conoce la naturaleza de la personalidad a la que tiene que subyugar. Para dominarse a sí mismo y a su naturaleza es conveniente, en primer lugar, aprender a conocerla. Si se llega en verdad a reconocer como ilusión a la personalidad, ésta queda entonces subyugada. Para amar a Dios, es preciso reconocerle; porque ¿Quién puede en verdad amar aquello de cuya existencia no concibe ni sabe cosa alguna?. Para dominar la propia naturaleza y servirse de ella, es conveniente aprender a conocer sus leyes y saber qué lugar del universo puede y debe ocupar el hombre. Esta ciencia sagrada es la que se halla en el Bhagavad Gîtâ y le da superioridad sobre otras «escrituras sagradas», en las cuales dicha ciencia no se puede encontrar sino en fragmentos y oculta bajo un velo de parábolas y alegorías.

Importa, pues, ante todo, adquirir un recto concepto de la esencia interior del hombre y de la naturaleza; y ocioso es decir que esto no se puede alcanzar por el camino de la observación exterior. No se pueden percibir las verdades interiores por medio de los sentidos exteriores, y las conclusiones de semejantes observaciones son siempre de una naturaleza dudosa. La Verdad, por el contrario, no necesita otra prueba que el conocimiento que de ella se tenga, y mientras no alcancemos nosotros mismos tal conocimiento, es de gran valor el considerar las doctrinas de los sabios que han percibido la verdad, tanto más cuanto éstas nos enseñan el camino por el cual nosotros mismos podemos obtener este conocimiento que es el objeto final de la existencia humana.

## CAPÍTULO II

# EL HOMBRE TERRENAL Y EL HOMBRE CELESTIAL

Para poder apreciar en toda su extensión el asunto de que trata el Bhagavad Gîtâ, es necesario estudiarlo junto con los demás libros de los Vedas, porque la Sabiduría divina que forma su sustancia, no se refiere únicamente a una sola parte o a una clase de objetos de la naturaleza, sino al Todo. El conocimiento de la naturaleza de una sola cosa depende del conocimiento de la naturaleza del Todo, y sólo a aquel que reconoce la entera Unidad de la naturaleza en todo, se presenta clara su manifestación en las fuerzas, formas y fenómenos individuales. La ciencia del Bhagavad Gîtâ se refiere a todo, a Dios, al cielo y a la tierra; o, en otras palabras: a la única Divinidad y la multiplicidad de sus manifestaciones en la naturaleza visible e invisible, al origen del mundo y a la evolución de sus formas, al dominio de los dioses y de los demonios, así como a los seres que habitan en la invisible región media del plano astral. Trata de la constitución septenaria del universo y del hombre, de su origen celestial, del objeto de su existencia, del camino que tiene que seguir cuando quiere llegar a la meta, de la reencarnación en cuerpos terrenales necesaria para esto, y de la ley de Karma o de la Necesidad, la cual dirige sus destinos, y en consecuencia de la cual recoge siempre lo que ha sembrado, hasta que, salvado por el amor divino que en él se ha convertido en poder, queda libre de su personalidad transitoria, y, por consiguiente, de las imperfecciones de ésta también. Nos enseña asimismo el origen del Mal, la existencia inmortal del Bien y la necesidad del Mal, ya que sólo venciendo a éste se puede conseguir el conocimiento del Bien, del mismo modo que no se podría aprender a apreciar el valor de la luz si no hubiera oscuridad de que distinguirla.

Mas si, como sucede siempre, se pregunta cómo se puede probar la verdad de esta ciencia, la respuesta es: «Ante todo, por la razón que ha llegado al conocimiento de la Verdad». El conocimiento de los secretos divinos de la naturaleza es posible sólo para el hombre divino que ha renacido en el espíritu, y cuando se conoce la Verdad, se entiende por sí misma y no necesita más

prueba. Sin embargo, la naturaleza entera está llena de evidencias de la Verdad para los que saben leerlas. Pero cada uno tiene que buscar y encontrar en sí mismo la evidencia más cierta, y en el Bhagavad Gîtâ se enseña el medio que se ha de emplear. Consiste en dominar al error, y ante todo, a la ilusión de la personalidad. Si se domina al error, se manifiesta la Verdad en su esplendor, así como el sol aparece cuando se disipan las nubes que lo ocultaban. Si se domina a la ilusión de la individualidad, se descubre el verdadero Yo.

¿Qué es este verdadero Yo?. A esto contesta el Bhagavad Gîtâ: «Es Brahma, el Yo único e indivisible de todas las cosas, el Ser más elevado que nunca perece». No se puede enseñarlo a ninguno que no sea capaz de verlo; la existencia más elevada quedará probada finalmente sólo cuando el hombre alcance por sí mismo la conciencia de su propia existencia divina. No se puede probar la existencia de la vida al que está muerto, ni la posibilidad de la vigilia al que está dormido; sólo cuando uno se despierta a la conciencia de la existencia divina, ésta es percibida y no necesita mayor prueba. El niño en el seno de la madre, aun cuando fuera capaz de pensar, no podría concebir una vida fuera de su prisión; el adulto no anhela volver a esa condición.

Lo que impide al hombre reconocer a Dios, su verdadero Yo, es la ilusión de su propia presunción que le tiene preso. Ningún conocimiento divino es posible sin dominar a esta ilusión. Así como un caracol no puede por ninguna especie de esfuerzos obtener la luz del sol ni ponerse en movimiento mientras permanece oculto en su concha, del mismo modo la luz del conocimiento de Dios no puede llegar a la conciencia de los que se hallan encerrados dentro de las estrechas limitaciones en que los mantiene la presunción. Brahma es indivisible. El eterno Yo de todos los seres no está dividido en los seres. La misma eterna Verdad, que se manifiesta en una interminable multiplicidad de fenómenos, no puede ser analizada ni cortada en pedazos. El que quiere conocerla, tiene que abandonar su separatividad; no puede hacerla bajar hasta sí, pues no cabe lo grande en lo pequeño, ni la libertad en la limitación. El que quiere conocer a Brahma, tiene que entrar en la existencia divina; tiene que salir del caracol de su personal conocimiento de sí y crecer en la luz del conocimiento de Dios. Mas esto no se efectúa por el juego de la fantasía o de la concepción científica, sino por el poder resolvente del amor al bien en todo, el cual es el poder del Bien y el espíritu del verdadero conocimiento.

La personalidad del hombre es la forma viviente, pensante y senciente, en la cual evoluciona a la existencia individual el hombre verdadero, espiritual y conocedor; no es el verdadero hombre, sino sólo su apariencia, la máscara

(*persona*) bajo la cual se oculta el hombre real. Aquel que no conoce más que su existencia personal y para quien ésta es todo, no puede reconocer a su verdadero Yo (Dios). Para él la renuncia de la personalidad es una disolución en la nada; mas para el sabio que ha alcanzado la verdadera conciencia, esta renuncia es la entrada en la omniconciencia del Espíritu divino en el Universo (Nirvana).

En el Bhagavad Gîtâ se lee: «Conságrame tu corazón, hónrame, dobléguese ante mí tu obstinación; así vendrás a mí. Aquel que me honra y reconoce a mi santo Espíritu, puede volverse uno conmigo». El que así habla no es ningún dios exterior o eclesiástico, ningún ser separado del hombre, ninguno que interviene en los asuntos personales de los hombres, o al cual se puede, con súplicas y argumentos, inducir a cambiar su voluntad; sino la conciencia divina que está dormida en el hombre no iluminado, y despierta en el hombre iluminado, y por la cual el hombre alcanza el conocimiento de su verdadera existencia divina. Es el mismo Dios que en la Biblia dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso». Aquel que renuncia a su personalidad y en la verdadera conciencia de sí encuentra refugio, abandona con su separatividad todos los sufrimientos y calamidades y encuentra descanso y felicidad en el «Yo» infinito.

Generalmente el hombre sólo está satisfecho cuando se olvida a sí mismo. Por esto busca diversiones y pasatiempos, y procura olvidarse a sí mismo y a lo que le oprime. Pero una diversión no es una entrada en un grado superior del conocimiento. Este no se alcanza de tal manera sino por el recogimiento y la elevación interiores.

Para hacer esto claro, es necesario saber que el hombre es capaz de entrar en varios grados de conciencia, ya elevados, ya bajos, y esto nos lleva a la consideración de la constitución séptupla del hombre.

Según la doctrina índica, cuyo origen puede remontarse a los antiguos atlantes, el mundo entero es una manifestación de la divina omniconciencia, lo cual, en los diferentes planos de existencia, se expresa diversamente, según las condiciones que encuentra en las formas existentes. Pero, como lo sabe todo místico, el pequeño mundo llamado «hombre», es un fiel retrato del macrocosmo, o del universo, y, por tanto, hay que distinguir en él, además, estas varias tomas de conciencia, planos de existencia, o mundos. También son por completo diferentes unos de otros estos estados de conciencia, como, por ejemplo, la vida durante el sueño es muy diferente a lo que es durante la vigilia, y la conciencia de un hombre inteligente es diferente de la de una planta que ya tiene sensibilidad, sensación, y, por tanto, una conciencia

particular, aunque no tenga la facultad de pensar.

Estos estados de conciencia no existen en el hombre al mismo tiempo y en yuxtaposición, sino que pueden compararse a los peldaños de una escala, que es el hombre mismo, la cual puede él subir y bajar. Al pasar a un estado de su conciencia, abandona otro; casi se abre en él el ojo del Espíritu, desaparece el mundo de los sentidos; si el mundo exterior entra en su conciencia por sus percepciones sensuales, se cierra en él el ojo de Dios. El pie de la escala en la cual se halla descansa en el ceno de lo material: su parte superior se apoya en el mundo de lo ideal; mundo que, cuando el hombre llega al último peldaño, cesa de ser un mero ideal y es reconocido como lo Real. Mientras el investigador no alcance este peldaño del conocimiento, lo ideal pertenece para él, a pesar de todos los conceptos y las pruebas, al dominio de la fantasía.

Sankaracharya, el maestro indio, distingue cuatro mundos, o grados de conciencia:

1.- ***La Conciencia Absoluta o Mundo Divino.***

(Parabrahm).

2.- ***La Conciencia divina relativa o Mundo Celestial.***

(Brahma).

3.- ***La conciencia astral, la región media o «mundo de los espíritus».***

4.- ***La conciencia personal o mundo material,*** cuya manifestación exterior es el hombre visible y el dominio de los fenómenos corpóreos.

En estos cuatro grados de existencia, la conciencia personal es un reflejo de la conciencia del alma, la conciencia del alma un reflejo del Espíritu celestial, y la Conciencia espiritual un reflejo de lo Absoluto en lo Celestial. Se sigue de aquí, que para elevarse de la conciencia personal hasta Dios, es preciso desarrollarse de un grado a otro, y que cuando un hombre se imagina haber llegado al conocimiento divino, sin haber pasado primero por los grados intermedios, padece un error y es el juguete de su fantasía. La fantasía tiene alas por medio de las cuales puede elevarse a la altura que quiera; pero la evolución del hombre no hace cabriolas, sino que así como tiene que evolucionar la forma terrenal del hombre, primero del reino mineral, luego del vegetal hasta el animal; así como del gusano se origina un reptil, del reptil un pájaro, del pájaro un mamífero y finalmente la forma humana (no el

hombre), del mismo modo el hombre interno que habita en esta forma, tiene que abrirse camino de un grado de la conciencia a otro, por lo que tiene siempre necesidad del grado inferior como apoyo para alcanzar los superiores. Se trata, por supuesto, de una elevación verdadera y consciente a una existencia superior. *(Así como, por ejemplo, un hombre puede dormirse profundamente sin sumergirse primero en el estado de ensueños, del mismo modo puede el alma, después de la muerte del cuerpo, entrar rápidamente en el estado celestial sin tener un contacto consciente detenido con la región media (Kama loca); pero en ambos casos no se trata de ninguna evolución superior sino tan solo de un cambio de la existencia).*

Además, nos enseña la Doctrina Secreta, que pueden distinguirse en la naturaleza humana siete principios o fuerzas unidas en un ser, a saber:

**La Parte**

**Inmortal**

1. El Espíritu Divino (Atma).
2. El Alma Celestial (Buddhi).
3. La Mente Iluminada.

**La Parte Perecedera**

**(Personalidad)**

4. La Inteligencia Terrenal.
5. El Cuerpo Astral (Kama).
6. Fuego Vital (Prana).
7. El Cuerpo Material Etéreo, cuya apariencia exterior es el cuerpo visible.

Potencias Superiores  
e Inferiores del Alma

**Manas** Como vemos, no se incluye en esta división mística el cuerpo material y tosco del hombre, porque es tan sólo la casa en que mora el hombre, sin cuyo morador no tiene ninguna vida o conciencia propia.

Los tres superiores de estos siete principios pertenecen al Hombre divino. Forman la indivisible trinidad de Conocimiento, Conocedor y Conocido, la santa «Tríade». El Espíritu divino pertenece al Mundo Divino, el Alma Celestial y la Mente iluminada al Mundo Celestial, las fuerzas inferiores del alma y el cuerpo astral a la región media (plano astral) y la fuerza vital (reflexión del Espíritu), así como el cuerpo material, al mundo material. La Mente y la inteligencia componen al alma humana, y aquí tiene lugar la batalla entre las fuerzas superior e inferior, los Pandavas y los Kurús, descrita en el Bhagavad Gîtâ. En la parte superior del alma (de la conciencia), Krishna, el Hombre divino, tiene su trono; la parte inferior está habitada por los fariseos y



los literalistas, por las preocupaciones, los instintos y las pasiones animales, los Asuras y los demonios. Sin embargo, cuanto más se aproxima la inteligencia a la Luz divina, tanto más se ilumina y participa de su inmortalidad. Si entra en esta luz, alcanza, no una «disolución en la nada», sino una elevación del conocimiento divino en él, sin que por ello él pierda su individualidad; así también un hombre no puede alcanzar la razón sino llegando a ella. La razón es una sola; mas son muchos los hombres faltos de razón.

Aquí seguirán una multitud de preguntas a las que no es posible responder en el corto espacio de que disponemos; pero cuanto más se despierta el deseo de alcanzar el verdadero conocimiento de sí mismo, para lo cual se dan los medios en el Bhagavad Gîtâ, tanto más se aclarará todo lo que precede sin muchas explicaciones.

Sabemos que el hombre material no es un ser separado e independiente de la naturaleza. Su cuerpo, por su esencia, es uno con ella y está formado de los mismos elementos. Sólo durante su vida en la tierra, ofrece un fenómeno que parece diferente de los demás fenómenos de la naturaleza. Cuando muere, los elementos de que se componía este fenómeno, regresan a su origen, y luego vuelven a la existencia en otras formas. Es, pues, un error que padece el hombre que no ha alcanzado el conocimiento de la Verdad, tomar su ilusión por su conciencia propia, porque esta ilusión procede de su percepción de la multiplicidad de los fenómenos en los cuales no reconoce al Ser que los une a todos. Si entra en el verdadero conocimiento, no pierde por ello su individualidad espiritual, que ha alcanzado con mucho trabajo; sino que se reconoce a sí mismo como una unidad en la Unidad, uno en su conciencia con Dios, y diferente en apariencia de otros seres divinos. La ilusión divina del Yo, cesa sólo cuando, al fin de un Kalpa, el hombre, totalmente convertido en Dios, vuelve a su origen (a sí mismo). (*Bhagavad Gîtâ, IX, 7. Compárese Sankaracharya, «Tattwa Bodha», Parte I, XXIV.*)

Sólo se puede tratar de un «ego» que está separado de otros «egos» mientras existen todavía cuerpos separados unos de otros, sea de una naturaleza gloriosa o únicamente material, en los cuales obra la conciencia divina. Empero, la misma conciencia divina no es sino una; es la omniconciencia del Universo, la cual, en el hombre espiritualmente iluminado, alcanza la verdadera conciencia de sí.

Sankaracharya distingue cinco «cuerpos» o «envolturas» (*Koshas*) que cubren al Espíritu divino en el hombre:



1.- Annamaya Kosha.

El fenómeno material.

2.- Pranamaya Kosha.

El fenómeno vital.

3.- Manamaya Kosha.

El «cuerpo del pensamiento».

4.- Vichnanamaya Kosha.

La «forma del conocimiento».

5.- Anandamaya Kosha.

La forma de la santa existencia.

«Maya» equivale a «imagen» o «idea». Nuestra propia personalidad es, como expresa Schopenhauer, un producto de la voluntad y de la ideación del «Yo» que habita en nosotros. «Kosha» quiere decir «envoltura». Mientras haya una ideación del «yo», aun cuando fuera en el cielo, esta ideación ha de producir una imagen, un ser, un fenómeno, aunque esos cuerpos fuesen constituidos de una manera muy diferente de nuestros cuerpos perecederos, y según la naturaleza del planeta en que habitaren o el grado de existencia en que se encontraren. De estos cinco «cuerpos», el primero pertenece al mundo material, el segundo y el tercero al mundo astral, el cuarto y el quinto al mundo celestial o plano de la conciencia.

Pero en la conciencia absoluta superior (el mundo divino) no existe ninguna forma, de lo cual se puede convencer cada uno cuando se sumerge en su conciencia más interior, en la cual cesa toda ideación. En el puro Manantial de todas las cosas, todo es uno. Él mismo es todo; es el conocedor, lo conocido y el conocimiento en uno. Nada hay fuera de Él, y lo que parece estar fuera de Él, no es sino una apariencia; pero Él es el Ser.

Cada uno de estos grados de existencia tiene su propia capacidad de percepción y sensación, la cual no tiene enlace con la de los otros grados; y lo que se percibe en uno de estos estados, parece ser real mientras se está en él. En el estado de vigilia reconocemos las ilusiones de nuestros sueños; durante el sueño, tenemos por reales las imágenes de nuestra visión, y no podemos formarnos ningún concepto del estado de vigilia, porque entonces estamos privados de la razón que juzga. De igual suerte tampoco sabe el alma en el cielo cosa alguna de lo que pasa en la tierra, pero, en verdad, toda la gloria de que se ve rodeada y que se ha labrado por sus buenos pensamientos y acciones, es para ella una realidad. Así también los habitantes del plano astral saben tan poco de nosotros como nosotros de ellos, excepto que ciertos

«espíritus ligados a la tierra» que se encuentran en un estado de ensueño semejante al del hombre cuando se halla entre el sueño y la vigilia, se sienten atraídos por algún deseo a nuestro plano material, y comunican con el hombre, de lo cual dan testimonio los fenómenos de las sesiones espiritistas, por mal comprendidos que éstos sean. Puede mencionarse de paso que sólo pocos de estos fenómenos provienen de los muertos; pero no es aquí el lugar para dar la explicación de las causas diversas por las cuales se producen.

Por el contrario, aquel que ha logrado reunirse con su Yo divino, no se encuentra ya ligado a las condiciones de su «yo» personal; es libre en el conocimiento propio de la Verdad y su conciencia es independiente de la conciencia de su personalidad, ya sea que ésta duerma o que vigile. Desde su elevación divina, puede conocer todos los planos inferiores de existencia, así como el que se halla en la cumbre de una montaña puede ver las alturas inferiores y los valles; mientras que el que está abajo puede, seguramente, imaginarse lo que quizás se ve arriba, pero nada cierto sabe tocante a ello mientras no llega el mismo a la cumbre. Como se ha dicho ya, cada uno de los principios de la constitución del hombre corresponde al principio con el cual tiene relación en la gran naturaleza, y por el cual es sustentado. El cuerpo material del hombre nace de la naturaleza material y de ella recibe su alimento. Cuando tiene hambre, procura saciarla, y la naturaleza abre su tesoro y satisface sus necesidades. El hombre recibe la vida de la Vida de la naturaleza; sus instintos y pasiones son los que dominan en la naturaleza y están representados en el reino animal. No son productos de su cuerpo, aunque el cuerpo es el instrumento que sirve para que se manifiesten. La codicia, la ira, la envidia, el amor, etc., son las mismas fuerzas en un perro que en un hombre; no hay más que un solo impulso para robar o para asesinar, y puede manifestarse lo mismo en un animal que en un hombre. Estas fuerzas pertenecen al plano astral y al hombre astral, y la pasión del individuo es criada y sustentada por la suma de las fuerzas correspondientes del alma del mundo, lo cual está confirmado de muchos modos, entre otros, por los contagios morales y los crímenes epidémicos que se suceden tan fácilmente como los contagios físicos y las enfermedades epidémicas, aunque la ciencia médica no haya descubierto el «bacilo» espiritual.

Lo mismo pasa en el plano intelectual. El espíritu del hombre engendra pensamientos; pero no los produce. El espíritu sediento de saber, junta ideas y las combina en nuevos pensamientos. Las ideas vienen al que las busca, como las pasiones vienen a los que ceden a ellas. La organización del principio pensante en el hombre, es un producto del mundo del Pensamiento. Las ideas,

cual gérmenes, entran en la mente, crecen y producen fruto. El mundo del pensamiento del hombre individual es alimentado por el Mundo del Pensamiento del Todo. La incredulidad de los hombres científicos respecto de la acción a distancia del pensamiento, es hoy un punto de vista conquistado. El pensamiento engendrado en el cerebro de un hombre, puede operar sobre el cerebro de otro, y allí llegar a madurarse si encuentra un terreno fértil. Los inventores son testigos de ello. Sabemos cuándo nos «ocurre» un pensamiento; pero no es tan fácil determinar de dónde vienen nuestros pensamientos ni a dónde van.

Y del mismo modo que los principios anteriores, el conocimiento divino en el hombre es sustentado y fortalecido por el Espíritu de Sabiduría del Universo. El hombre divino en el hombre exterior, nace de Dios y es sustentado por Él, así como el hombre exterior nace de la naturaleza terrestre y es sustentado por ella. El que desea con ansia el conocimiento de la Verdad, la encuentra; el que desea a Dios con ansia, lo encuentra si lo busca en el propio lugar. Por esto dice el Bhagavad Gîtâ: «Mediante el sacrificio alimentad a los Dioses, a fin de que los Dioses, a su vez, os proporcionen vuestro alimento, y auxiliándoos así mutuamente, podáis vosotros alcanzar la suprema bienaventuranza».

*(Bhagavad Gîtâ, III, 11).*

La misma ley opera en todos los reinos de la naturaleza. Así como el aire entra impetuosamente en una vasija en que se ha hecho el vacío, tan luego como encuentra alguna entrada; así como un rayo de sol penetra en el cáliz de la flor luego que el botón se abre; así como la inquietud y el descontento entran en el alma de aquel que no se opone a ellos, y pensamientos sublimes vienen al que es capaz de recibirlos, del mismo modo entra impetuosamente el Amor de Dios, del cual procede el Conocimiento, en el corazón de aquellos que se elevan hacia Él y lo reciben con amor. Esto confirma el antiguo refrán del Sohar, que dice: «Así como es abajo es arriba. Todo lo que existe en el mundo tiene su tipo original en el supramundo, y nada hay de insignificante en la tierra que no dependa de algo superior; de modo que, cuando lo inferior se eleva, lo superior desciende a encontrarlo».

Y así como cada cosa nace de la Naturaleza a la cual pertenece, del mismo modo vuelve cada cosa a la naturaleza de la cual ha nacido; el cuerpo del hombre a los elementos, su fluido vital a la fuerza vital de la naturaleza, sus instintos y pasiones al mundo de los deseos (Kama-loka), sus pensamientos al Mundo del Pensamiento, su parte celestial al Cielo (Devachán), su ser divino a Dios. Mas aquella parte con la cual se ha identificado por su voluntad durante la vida, le detendrá, aun después de la

muerte, en aquel plano al cual pertenece, hasta que se despoje de ella. «Todos los mundos, - dice el Bhagavad Gîtâ - emanan de Brahma y a Él vuelven una y otra vez; pero el que llega hasta Mí, no volverá ya a nacer» (*Bhagavad Gîtâ, VIII, 16*); y en otro lugar agrega, respecto a los impíos: «Egoístas, violentos e iracundos, estos hombres viciosos Me odian en su propio cuerpo y en el de los demás. Pero a estos enemigos depravados, crueles, impuros y sumidos en la abyección más profunda, Yo los arrojo en el seno de los Asuras (Demonios)». (*Bhagavad Gîtâ, XVI, 19*).

Esto es, en resumen, el bosquejo de la doctrina de la doble naturaleza del hombre, con la cual Arjuna tiene que luchar mientras está colocado entre los dos polos de su ser, el bueno y el malo, y entre lo eterno y lo transitorio. Ha de escoger entre la batalla y la vida eterna, y la debilidad y la muerte. De su elección depende su futura gloria.

Será difícil ver en esta doctrina, una vez se comprenda, algo que contradiga a la sana razón, y a la ciencia le será difícil encontrar en ella, cuando quede explicada, nada que le repugne ni que le choque.

## CAPÍTULO III

### EL UNIVERSO

Si, como nos enseña el Bhagavad Gîtâ, el mundo entero es por su naturaleza uno, y en sus formas variado, debemos deducir que aun en la parte más pequeña, lo mismo que en cada forma, se hallan las fuerzas del todo, ora latentes, ora desarrolladas. Por consiguiente, encontramos la constitución septenaria del Universo y del Hombre en la naturaleza entera y en cada ser de la misma, desde un sistema solar hasta un grano de arena o un átomo.

Ciertamente un guijarro no es capaz de pensar; pero con esto no se prueba otra cosa que el no haber llegado todavía a manifestarse en esta forma el principio pensante - el cual se halla en el guijarro lo mismo que en la naturaleza entera - porque no se encuentran allí lo mismo que en un hombre las condiciones necesarias para el desarrollo de la capacidad de pensar. Aunque no lo sepamos todavía espiritualmente, al menos nos indica la lógica que, si Dios (Brahma) es la Esencia de Todo, ha de estar en un pedazo de madera, en la piedra, en el aire, en una planta, en el animal, etc., lo mismo que en el hombre; y así sucede también con las fuerzas divinas que están contenidas en todos los organismos, si no activamente, por lo menos como el calor latente en un pedazo de hielo.

Cada principio aparece, pues, cuando el organismo está suficientemente desarrollado para ello. El reino mineral tiene su especie de sensación: de otro modo no habría afinidades químicas en él; las plantas tienen sensación: de otro modo no reaccionarían con la atracción de la luz. Pero en los minerales y en las plantas la evolución de la forma no ha adelantado bastante para que pueda manifestarse en ellos la conciencia de sí, tal como la conocemos. Además, cada cosa tiene su vida, y nada hay verdaderamente muerto en la naturaleza, porque esta misma, con todas sus formas, es una manifestación de la Vida de Dios en el Universo. Las plantas tienen sus instintos e inclinaciones, aunque estos tales no sean tan patentes como lo son entre los animales; lo que prueba que el principio Kama ha empezado a desarrollarse en ellas. También cada cosa tiene su cuerpo etéreo o cuerpo astral, pues sin él no habría tampoco ningún cuerpo visible, siendo éste la imagen externa del cuerpo etéreo.

Por consiguiente, los siete principios se hallan en todas las cosas.

Brahma es lo Más Elevado en cada cosa; es el Alma que mora en el corazón

de todos los seres (*Bhagavad Gîtâ*, X, 41); y cuando el sabio «ora», no ora a un Dios del que está lejos, sino que eleva su alma hacia el Yo superior que está en él y en todas partes; y como Dios es omnipotente, se manifiesta, por tanto, su munificencia, en todas partes de la naturaleza, en cada lugar, según el grado en que puede efectuarse esta manifestación de conformidad con las circunstancias de la forma. «Si una cosa es espléndida, excelente o poderosa, sabe que todo lo que en ella es distinguido, ha procedido de mi Poder». Empero, esta doctrina es inconcebible para los que no conocen ni quieren conocer a Dios; sino que se adhieren a una baja y perversa contemplación del mundo y a sus preocupaciones. «No se ha destinado para los que no practican el dominio de sí mismo, ni me honran, ni quieren escuchar mi voz. Tampoco es para los obstinados y los blasfemos». (*Bhagavad Gîtâ*, XVIII, 67).

Los antiguos místicos designaban estos siete principios con los nombres de los siete planetas, en parte para encubrir a los impíos y mofadores esa sublime doctrina, en parte porque en la constitución de los llamados cuerpos celestiales, las fuerzas designadas con los nombres de dichos cuerpos, desempeñan, efectivamente, un papel de la mayor importancia. Así, por ejemplo, como lo afirma la «Doctrina Secreta», el planeta Marte es el símbolo del poder ígneo en la naturaleza lo mismo que en el hombre; Venus es el símbolo del amor, Mercurio el de la sabiduría, etc., y el grado en que se hallan los habitantes de un planeta, corresponde al grado de evolución del principio que predomina en dicho planeta. Actualmente en nuestro planeta, el elemento material, es decir, la inteligencia extraviada en la oscuridad, el intelecto que carece de espíritu y se ocupa de cosas superficiales, hace el papel más importante, mientras que el sol es el símbolo y también el manantial de la vida. Los planetas visibles de nuestro sistema solar, son, en cierta manera, los órganos del mismo, y cada uno de ellos tiene su objeto determinado. De la misma manera cada órgano representa en el cuerpo humano el asiento de un principio como centro de actividad del mismo. Así, por ejemplo, el cerebro es el asiento del principio pensante (Manas); el corazón, el centro de la actividad vital, etc.

Pero no nos corresponde entrar en este dominio de la ciencia secreta, dominio que es tan vasto que se podrían llenar volúmenes con una mera consideración superficial de él. Lo que ante todo es mucho más necesario, es llevar a la inteligencia humana más cerca del conocimiento divino, pues «el que conoce al Uno, la esencia de Todo, concibe al Todo; el que sólo conoce a muchos, no sabe nada».

Los no inteligentes suelen acusar al Bhagavad Gîtâ de enseñar el «panteísmo», y por tal entienden la creencia de que es Dios todo lo que vemos. No es así, sin embargo; todo lo que vemos no es Dios, sino tan sólo una manifestación en la naturaleza de la Fuerza de Dios, la que procede primitivamente de la Esencia interior; y la naturaleza misma no es substancia, sino apariencia. Pero el que no puede en sí mismo distinguir entre el ser y la apariencia, no puede tampoco hacerlo en la contemplación de naturaleza exterior. La naturaleza es, con respecto a Dios, como el sueño de un hombre es al hombre mismo. Sin embargo, el sueño tiene lugar en el hombre y no fuera de su ser. De la misma manera se podría decir, comparativamente, que toda la creación es un sueño que Dios sueña y en el cual todo se representa según leyes eternas, leyes que son tan grandes, que la inteligencia humana limitada no puede comprenderlas. Cuando el Brahm despierta, desaparece toda esta gran ilusión con todos sus fenómenos, y no queda nada sino Dios. La conciencia es el Espíritu, y por medio de la ideación creadora, el mundo de los fenómenos llega a la existencia. Las ideas del hombre no toman en él formas tangibles y visibles, porque a causa de su degradación y materialidad, ha perdido el poder creador de la voluntad, al cual tiene que volver a conquistar elevándose por encima de la materia. Para esto, el primer paso es la distinción del Espíritu y de la naturaleza. «El conocimiento de la Materia y del Espíritu es la verdadera sabiduría». (*Bhagavad Gîtâ, XIII, 2*). No son dos entidades separadas la una de la otra, según lo creen los partidarios del «dualismo», sino que el Espíritu (Brahm), es la Esencia y todo: la Fuerza, el imperio y la magnificencia; y la «Materia», el fenómeno, no es nada por sí misma. La naturaleza está llena de símbolos y de manifestaciones de fuerzas que operan interiormente, y de acontecimientos invisibles. Lo temporal es un reflejo de lo Eterno. En el éter cerúleo del espacio celeste se forma un velo que se condensa en nubes y se resuelve finalmente en lluvia y en hielo. En el espacio universal se forman nieblas cósmicas que se condensan en soles y planetas sobre los cuales aparece la vida en formas animadas. De la omniconciencia de Dios procede la idea del yo, el «Verbo»; de éste el mundo celeste con sus habitantes, los «dioses», (Devas) y las fuerzas celestiales; y de este último, finalmente, el espíritu humano que se encarna en cuerpos terrestres; y todo ello es nada sin Dios, pues Dios es el Ser de los dioses, el Ser del hombre, el Ser de todo. Las nubes y los cuerpos celestes son inimaginables sin el Espacio; ellos mismos son «espacio» corpóreo, concebible y objetivo. De igual modo sería nada un hombre o un dios sin el Ser la Deidad; y como el espacio infinito, aunque nos encontramos en él, es algo incomprensible e



inimaginable, y sin embargo existe por sí mismo, así también el Dios del Universo es para el hombre nada mientras no toma forma en el hombre mismo y penetra en su existencia y en su conciencia. Sin la luz, el espacio es nada para nosotros; sin la Luz del Conocimiento, la Deidad en el Universo es nada para el hombre. Para manifestarse ambos necesitan la forma; pero la forma no es el Espíritu, sino el vehículo para su manifestación. Por ello se dice en el Bhagavad Gîtâ: «Estos cuerpos son llamados vehículos. La conciencia en ellos es el Espíritu. Sabe que Yo, el Espíritu, estoy en todas las formas de materia. El conocimiento de la Materia y del Espíritu es la verdadera Sabiduría».

(*Bhagavad Gîtâ, XIII, 1,2*).

Pero es preciso observar que no se ha de entender por «Materia» la «materia» que los sentidos perciben, y por «Conciencia», la actividad espiritual producida en el hombre al volverse consciente. Esto sería tomar el efecto por la causa. El Espíritu es la Conciencia de Dios en sí, la Conciencia Absoluta, o, en otros términos, la Sabiduría Divina. La Materia es el resultado de la idea del Yo producida por la Ideación. De la acción del Espíritu en la materialidad, procede la actividad intelectual, la conciencia particular, la facultad de percepción, los órganos de sensación, etc., etc. Podría decirse: La «Materia» es la Voluntad, el «Espíritu» es la Sabiduría. El deseo de separación concebido en la Voluntad eterna, produce una fuerza concentradora por la cual se forma la entidad material. El zapatero y teósofo alemán que no tenía conocimiento de la filosofía india, pero que poseía, sin embargo, una inteligencia iluminada, describe todo esto a su manera, la cual concuerda con las doctrinas de los Upanishads:

«Crear quiere decir concebir en la voluntad lo que simbólicamente está en la voluntad, y así, cuando un carpintero quiere construir una casa, tiene que fijar en su voluntad el modelo según el cual quiere construirla; entonces construye de acuerdo con ese modelo de su voluntad». (*Mysterium Magnum, X, 30*).

Así, pues, si Brahma es todo, no hay nada fuera de lo cual pueda crear un mundo o un hombre, sino Él mismo; y crea por su Voluntad en su propia Idea. «Ha creado todas las cosas por su Voluntad en su eterna Sabiduría.» Por consiguiente, creó también la naturaleza; primero el mundo del Pensamiento (el Cielo) y luego el mundo material (la Tierra), y sólo después que la naturaleza llegó a la existencia, pudo empezar en ella la obra de la Evolución (la creación de la fuerza omnipresente del Espíritu en la naturaleza), como sucede todavía hoy en todas partes y a cada momento.

«La primera cualidad es el Deseo (de la existencia propia); como



comprensión de la Voluntad, es semejante a un imán; ya que la Voluntad quiere ser algo, y, sin embargo, nada tiene de que se pueda hacer algo, se comprime a sí misma en un Algo (en el «Yo»), y con todo, el Algo no es nada sino tan sólo un apetito magnético, una amargura semejante a una dureza, de la cual proceden también la dureza, el frío y la substancia. (*J. Boehme, «Clavis»*).

Esta Cosa que da a las cosas su materialidad, es la idea de la personalidad, la cual, aun en cosas que no tienen ninguna conciencia de sí ni inteligencia alguna, se halla, no obstante, en la «voluntad» de dichas cosas; pues hay una cualidad fundamental de la Voluntad en la naturaleza, y la Voluntad para la existencia, aunque inconsciente de sí misma, es la base de la Vida en la naturaleza.

En esto se halla la clave para comprender la Reencarnación. La base misma de cada ser, es la Voluntad. Mientras existe en la Voluntad el Deseo de vivir en el fenómeno (la personalidad), aunque inconsciente, este deseo conduce siempre a la construcción de una nueva forma, cuando la vieja se ha vuelto inservible. «Del mismo modo que el hombre desecha sus viejas vestiduras para ponerse otras nuevas, así también el Espíritu, después de abandonar su gastado cuerpo mortal, toma posesión de otros nuevos cuerpos». (*Bhagavad Gîtâ, II, 22*). Pero lo Impersonal, el Espíritu, es eterno. «Nunca ha tenido nacimiento, ni tampoco está sujeto a la muerte; porque no habiendo jamás sido llamado a la existencia, ¿Cómo puede dejar de existir?. Es eterno, indestructible, imperecedero, sin principio ni fin, y no se aniquila ni experimenta quebranto alguno cuando es destruida su envoltura mortal».

(*Bhagavad Gîtâ, II, 19*). El hombre queda completamente libre y salvo de la muerte, del renacimiento y de los sufrimientos que los acompañan cuando llega, como ya se ha dicho, al conocimiento de la Impersonalidad, es decir, a la Conciencia del Todo por la fuerza del amor impersonal.

Ahora, es difícil que haya un hombre que en una sola y corta existencia en la tierra, pueda elevarse del egoísmo animal al perfecto Conocimiento divino. La reencarnación es, por lo tanto, una necesidad natural, y cuando se la entiende correctamente, la lógica de la ciencia material nada puede objetar a ella. Lo que se reencarna no es ni el Espíritu Divino (lo Absoluto), ni la personalidad del hombre, que reaparece en esta tierra o en otro planeta, sino la idea de la personalidad, que es la base de la existencia humana, la cual reaparece en nuevas formas personales, hasta que al fin sea dominada por el desarrollo del verdadero Conocimiento divino. Aquello que en nosotros es impersonal y ha dominado a estas ilusiones de la personalidad, no está

encerrado o encarnado en nosotros; está en nosotros, fuera de nosotros y arriba de nosotros. Es nuestro Yo supremo, el cual es el «No Yo», y cuando logramos unir nuestra conciencia con este «Yo supremo», o más bien, elevar nuestra conciencia propia ilusoria a la verdadera Conciencia, esta Conciencia divina es nuestra y no dependemos ya de la vida del cuerpo con su sensación y pensamiento. Semejante unión con el Yo Supremo se llama «Yoga» (de Yog, en sánscrito, unir, atar). Esta «Impersonalidad», o, mejor dicho, esta Eminencia sobre el yo propio, no se alcanza sino venciendo al error, lo cual requiere muchas experiencias y para lo que no basta una existencia única. Tampoco se alcanza con fantasías y desvaríos: la eminencia sobre el yo no se realiza sino por la acción superior a todo egoísmo. Sin esta realización, toda impersonalidad no es más que un sueño, un ideal no realizado.

Es inútil querer dar a los ignorantes que las piden, las pruebas de la reencarnación del alma humana, mientras no tengan un concepto de lo que es el «alma», ni de lo que se reencarna. En primer lugar, no se trata de tener pruebas de una doctrina, sino de comprenderla. Si se concibe la acción de una ley, se comprende ésta desde luego. El conocimiento de la Verdad es su propia prueba.

El «alma» del hombre es la vida del mismo. La parte mortal de su alma forma su vida material; la parte inmortal su vida espiritual, que es una emanación de la Divinidad. Mientras haya en su alma el deseo de la personalidad, será atraída repetidas veces a la existencia terrenal, y por tanto vuelve a tomar lo que le pertenece. Sabemos que al fin todas las cosas vuelven a su origen: la tierra a la tierra; las pasiones procedentes del plano astral, al reino del Deseo; los pensamientos que no pudieron elevarse por encima de lo material, al mundo del Pensamiento; lo celestial, al cielo (Devachán); lo divino, a Dios. Cuando el alma (el Hombre) vuelve a bajar del reino superior al material, reúne en derredor de sí lo que pertenece a la naturaleza. Las fuerzas que ha adquirido en vidas anteriores, forman ahora sus talentos para la nueva vida; aun las mismas pasiones para las cuales se ha hecho especialmente susceptible, vuelven a encontrar en él un terreno fértil; sólo aquello que pertenecía a su cuerpo terrestre no vuelve a él, ya que ha pasado a otras formas, como lo hace constantemente durante su existencia, por el cambio de substancias.

Sin embargo, las condiciones bajo las cuales un hombre vuelve a aparecer en el teatro de la existencia en la tierra, son determinadas por su Karma. «Karma», quiere decir «acción». Por medio de sus acciones, el hombre se apropia ciertas cualidades, virtuosas o viciosas, que forman, por

consiguiente, una parte de su ser; y ya que cada cosa es atraída por lo que le es semejante y se reúne a ello, del mismo modo será atraído el hombre a donde pertenecía por su naturaleza. En virtud de esta ley, un gran sabio, pero sin espiritualidad alguna, puede renacer la próxima vez como idiota; un rico avaro, en una familia de mendigos; un generoso mendigo, como noble, etc. Si a la hora de la muerte predomina en un hombre el amor a la Verdad, va a las regiones de los buenos, de los que se esfuerzan en alcanzar lo Supremo. Si su cuerpo muere cuando predomina en él la naturaleza pasional, volverá a nacer entre gentes egoístas. Más si en su naturaleza predomina la ignorancia, vuelve a nacer entre los necios. (*Bhagavad Gîtâ, XIV, 14, 15*). Y en verdad, bien se puede imaginar que un hombre puede embrutecerse cada vez más, de modo que, al morir, ya no haya en él nada divino, y sólo sus elementos animales vuelven a aparecer en el reino animal. Esta posibilidad, al menos, se halla indicada en un versículo del Bhagavad Gîtâ: «Pero a estos enemigos depravados, crueles, impuros y sumidos en la abyección más profunda, Yo los condeno a las miserias mundanas, arrojándolos indefinidamente en su seno demoníaco. Cayendo en tales senos y extraviándose gradualmente su razón en los renacimientos sucesivos, estos infelices nunca Me alcanzan, Oh hijo de Kunti, y de este modo descenden hasta la más ínfima condición». (*Bhagavad Gîtâ, XVI, 19,20*).

«Si en su hora postrera (un hombre) abandona su cuerpo, teniendo el pensamiento ocupado en algún otro ser, a este ser se dirige, Oh hijo de Kunti, porque a él se ha amoldado su naturaleza. Por lo tanto, piensa siempre en Mí exclusivamente, y lucha. Estando tu mente y tu discernimiento fijos en Mí, tú vendrás a Mí con toda seguridad». (*Bhagavad Gîtâ, VIII, 6*). «Aquellos que tienen devoción a los dioses, van a los dioses; aquellos que rinden culto a los *Pitris*, van a los *Pitris*; aquellos que sacrifican a los *Bhutas*, van a los *Bhutas*; mas aquellos que Me adoran a Mí, vienen a Mí». (*Bhagavad Gîtâ, IX, 25*). Pero aun el mejor hombre, mientras hay en él la voluntariedad y la ilusión del yo, tiene que volver a la tierra. «Después de haber entrado en la mansión de los justos y de permanecer allí durante años sin cuento, aquel que no ha prosperado en el Yoga, renace en un hogar puro y dichoso». (*Bhagavad Gîtâ, VI, 41*).

Como vemos, el único modo de alcanzar la Libertad, es librarse de la «personalidad»; por medio de la acción se realiza la impersonalidad, la cual se ha de alcanzar elevándose por encima de la personalidad. Pero una acción que procede de nuestra propia voluntad personal, no puede ser impersonal. Sólo aquello que practicamos como instrumentos del Poder del Bien que en

nosotros ha llegado al Conocimiento, o (expresándonos en términos cristianos) «en nombre de Dios», es impersonal y bueno. En este punto estriba una gran parte de la doctrina del Bhagavad Gîtâ, y es uno de los más difíciles, pues mientras el hombre no conoce a Dios, no puede tampoco distinguir entre lo que quiere Dios en él y lo que él mismo quiere y piensa. En un hombre en quien no se ha despertado aún la conciencia divina, Dios no sabe, ni quiere, ni piensa nada; en él sólo la Naturaleza quiere y obra. El hombre que no percibe, es súbdito de la Naturaleza; va acompañado de lo que la Naturaleza en él piensa y desea. En el hombre que percibe, Dios (el Yo supremo) es el Rey de su naturaleza. Los místicos, Rosacruces e Iluminados de la Edad Media, reconocían esto, y su divisa, la que todavía hoy día se halla expresada por medio de las letras **INRI** en las imágenes del Crucificado, era «**In Nobis Regnat Iesus**», es decir, en nosotros reina Jesús, el Hombre-Dios, nuestro Yo superior.

Cuando se dice que el hombre no debe hacer nada por su propia voluntad y que, debe entregarse por completo al servicio de Dios, no se da a entender que debe estar mano sobre mano y esperar hasta que un Dios, que él no conoce, se encargue por él del trabajo; sino que lo que se expresa es esto: «Haz el bien por amor al Bien, porque es el Bien, y no te inquietes por lo que te trajere». «Haz que el móvil de tus actos sea el acto mismo y no las ventajas que de él puedas sacar; no te incite a la acción el aliciente de la recompensa, ni permitas tampoco que tu vida se disipe en la inacción». «El cumplimiento de las obras está muy por debajo de la devoción mental. Busca, pues, tu refugio en la meditación y en el conocimiento. Dignos de lástima son aquellos ciegos de espíritu que no obran en virtud de otro incentivo que el premio de sus acciones». (*Bhagavad Gîtâ, II, 47, 49*).

«El hombre no se sustrae a la ley de la acción simplemente por dejar de cumplir las obras, ni puede tampoco alcanzar su fin supremo por el mero abandono de las mismas. Es más apreciado aquel que, después de haber subyugado sus órganos y sentidos por la fuerza de la mente, se consagra a la devoción mediante el ejercicio de sus facultades activas, sin interesarse por el resultado de sus acciones. Sabe que la acción dimana de Brahma, y que Brahma procede del Espíritu supremo e indivisible (Brahma), y, por lo tanto, el Espíritu que sin cesar está presente en todos los lugares y en todas las cosas, también está presente en el sacrificio». (*Bhagavad Gîtâ, III, 4, 7, 15*).

Esta doctrina ha sido erróneamente comprendida entre los cristianos, y ha causado los trastocamientos de los «Quietistas», que veneran a Miguel de Molinos como su maestro, mas no le comprenden. Dice Molinos: «Tú debes

saber que tu alma es el centro, la morada y el reino de Dios, y que, para que pueda descansar el Señor excelso en el trono de tu alma, tú debes conservarlo puro, tranquilo, libre y pacífico. Libre de temor, libre de inclinaciones, deseos y pensamientos personales, pacífico en las tentaciones y en las tribulaciones». Sólo cuando la voluntad propia se inclina ante la Voluntad de Dios, puede manifestarse en el hombre la voluntad divina. En la oración del cristiano se dice: «¡Señor, hágase tu voluntad!». Mas para aquel que no sabe nada de Dios y no percibe su presencia, el «Señor» es una nada, y la «Voluntad del Señor» carece de poder. En él, la necedad, el egoísmo o la obstinación impiden que se haga la Voluntad del Señor.

Lo mismo que todas las cosas en el mundo, así proceden las acciones del hombre de las tres cualidades fundamentales (*Gunas*) de la naturaleza, a saber: de *Sattwa*, o sea del Conocimiento de la Verdad; de *Rajas*, o del Deseo o Pasión; o de *Tamas*, de la Presunción, de la Estolidez o Ignorancia. El hombre juicioso obra bien porque reconoce que su acción es buena y justa; el ávido obra por el deseo de alcanzar algún provecho para sí mismo o para otro; el estólido obra o deja de obrar por la estolidez; pero el Sabio (Yogui), que se une con su Yo supremo (con Dios), ha abandonado su «personalidad», y no obra el mismo; él no es sino el instrumento de la Conciencia y de la Voluntad divina en él. «El vive, y, sin embargo, no vive, sino que Dios vive en él» (II Corintios, IV, 11), y esto es también el sentido de la Biblia, en la cual se dice: «Dios (el Yo impersonal) es el que obra en nosotros, así el querer como el obrar lo que es de su beneplácito». (*Filipenses, II, 13*). El que no reconoce a Dios, no ve más que a sí mismo, y se tiene a sí mismo por el que obra, mientras que no es más que su naturaleza la que le incita a obrar. «Aquellos que están ofuscados no perciben al Señor cuando se halla presente o ausente del cuerpo, ni cuando experimenta los efectos de las cualidades; pero Le perciben aquellos que están dotados del ojo de la sabiduría. Los hombres de corazón puro y asiduos en la meditación, Le ven instalado en ellos mismos; pero aquellos que carecen de discernimiento, no pueden percibirle aunque se esfuercen, porque su mente no está dispuesta». (*Bhagavad Gîtâ, XV, 10, 11*).

La doctrina de las tres *Gunas*, o cualidades fundamentales de la naturaleza, es de la mayor importancia, y el conocimiento y observación de las mismas tendría un gran valor en la vida usual. La mayor parte de las contiendas en la vida humana, tienen por causa las diferencias de opiniones respecto a palabras, de las cuales cada partido se forma un concepto particular; y nadie considera que cada cosa, según su origen en una de las tres cualidades fundamentales de la naturaleza, puede tener tres aspectos diferentes. Así, por

ejemplo, uno no quiere saber nada de «fe», otro se aferra a ella, y otro no sabe en qué tener fe. Se tiran de las greñas, y no consideran que hay tres especies de fe, según el origen de ésta sea el Conocimiento, el Deseo o la Estolidez. La fe que procede del Conocimiento, no necesita prueba: es la convicción íntima, el mismo poder del Conocimiento. La fe que procede del Deseo, está caracterizada por el propio deseo, pues el hombre se aferra a lo que desea y se imagina que es verdad la falsedad que quiere con ternura. La fe que procede de la estolidez, no puede ser otra cosa que estolidez. El amor que se origina en el Conocimiento, es verdadero; si procede del deseo de poseer, es codicia; si procede de la estupidez, es un amor para lo que es nocivo o inútil. En el mundo, lo mismo sucede con todas las cosas, y por tanto, debería, ante todo, determinar su origen. Una oración que procede del verdadero Conocimiento, es una elevación hacia Dios, y cuanto más se eleva uno hacia Dios, tanto más alcanza el poder de ejecutar lo que desea. Una oración que procede del deseo de poseer algo, es fanatismo cuando se dirige al Dios del Universo, pues nadie puede afectar ni aconsejar a Dios: semejante oración no puede ser eficaz sino en cuanto incita a otras criaturas, ya visibles, ya invisibles, a prestar ayuda. Una oración que procede de la estolidez, es una petición por aquello que, si se consiguiese, sería inútil o nocivo. De esta manera se pueden aplicar a cada cosa estas tres formas de origen.

Estas tres cualidades, empero, se hallan generalmente mezcladas en cada cosa, y por tanto, la cuestión es conocer qué cualidad predomina.

«Cuando **Rajas** y **Tamas** han sido vencidos (es decir, cuando la codicia y la ignorancia han sido subyugadas), prevalece **Sattwa** (el conocimiento de la Verdad); cuando lo han sido **Rajas** y **Sattwa**, predomina **Tamas** y **Rajas** cuando **Tamas** y **Sattwa** han sido subyugados». (*Bhagavad Gîtâ*, XIV, 10).

**Tamas** es la oscuridad espiritual; **Rajas** es el fuego del deseo. «Cuando la brillante luz del conocimiento resplandece en todas las puertas del cuerpo, entonces puede conocerse que **Sattwa** está en su apogeo». (*Bhagavad Gîtâ*, XIV, 11).



## CAPÍTULO IV

### BRAHMA

Ahora que hemos bosquejado ligeramente los rasgos principales de la doctrina del Bhagavad Gîtâ, permítasenos considerar más detenidamente algunos puntos especiales de la misma. Muchos fieles cristianos tratan los libros de los indos de la misma manera que los incrédulos tratan la Biblia. Se rechaza lo que no se conoce, porque se forma de ello un concepto erróneo; pero si se llega a conocer la verdad que hay en una cosa, ésta es entonces comprensible. La duda tiene siempre su origen en la ignorancia, y es el mayor obstáculo para el conocimiento de la Verdad. Es una protección contra el error, pero es también el enemigo del Conocimiento. «Para el hombre entregado a la duda, no existe la felicidad, ni en este mundo, ni en el próximo, ni en otro alguno». (*Bhagavad Gîtâ, IV, 40*). El que quiere conocer una cosa, tiene que abandonar toda fe ciega y toda duda, y penetrar en el espíritu de la cosa; pero no aferrarse a la letra muerta. Entonces, criando ha aprendido a conocer la cosa de que se trata por medio de una investigación exenta de toda preocupación, estará en estado, según el grado de su percepción, de juzgar de dicha cosa. Las enseñanzas contenidas en el Bhagavad Gîtâ y las que en los Vedas se refieren a ellas, han procedido del conocimiento de sí mismo de los Sabios. Mas sólo los que han alcanzado este conocimiento de sí tienen el derecho de juzgar de su existencia. El camino a este conocimiento está señalado en el Bhagavad Gîtâ, y científicamente explicado por Sankaracharya. (*Sankaracharya, «Atma Bodha» y «Tattva Bodha»*). Si hay, además de la fuente ordinaria de la investigación, la cual descansa en las deducciones y en las observaciones exteriores, otra fuente mejor para conocer la Verdad, a saber, el conocimiento directo de la misma por su manifestación propia en la naturaleza humana superior, sólo pueden saber algo preciso acerca de ello aquellos en quienes esta naturaleza superior ha llegado a la conciencia y al conocimiento de la Verdad. Si el ideal se realiza en el hombre, puede el hombre dar testimonio de él. El testimonio de los ignorantes respecto a una cosa de que nada saben, no tiene ningún valor, porque no procede del Conocimiento (Sattwa). ¿Cómo podría probarse a un hombre que Dios se halla en su naturaleza interior, si él no es capaz de percibirlo?. Si se lograra hacerle

creer esto, no se haría más que aumentarle su presunción, porque no sabría distinguir entre el yo inferior ilusorio y el verdadero Yo de todas las cosas. Por tanto, se dice también: «Guárdese el hombre sabio de perturbar el ánimo de los ignorantes que obran únicamente por el fruto de sus acciones. (*Bhagavad Gîtâ, III, 26*). El que no ama más que su personalidad no hallará la Verdad». Del examen de la constitución del hombre, resulta que tiene una inteligencia espiritual superior (Buddhi Manas) y otra animal, inferior (Kama-Manas). En los escritos ocultos, éstas son comparadas al Sol y a la Luna. (*Bhagavad Gîtâ, VIII, 25*). Del mismo modo que la Luna no produce ninguna luz propia, sino que su luz es sólo una reflexión de la luz del Sol, así la luz de la inteligencia del hombre terrestre no es más que una reflexión de la Luz divina de la Sabiduría, la cual desciende del Hombre celestial; y del mismo modo que la luz del sol produce sombras fantásticas entre las montañas, los cráteres y los valles de la luna, así en la parte terrenal de la mente, cuya parte está extraviada por las pasiones perversas y sujeta a deseos personales, la reflexión de la luz de la verdadera Razón causa ideas fantásticas, quimeras científicas y errores de toda especie. Supongamos, empero, que haya un hombre que esté despierto sólo de noche y que duerma de día; para él la luz de la luna será la mejor del mundo, y sería tan difícil convencerle de la existencia del sol, como lo es probar a la inteligencia animal del hombre la existencia de la luz del verdadero Conocimiento.

En la mística cristiana, la verdadera luz celestial es el Redentor, el Hijo espiritual de la Sabiduría; la inteligencia humana iluminada de lo superior, es Lucifer, el Iluminador; y la mente que se adhiere a lo terrestre, es la Tierra u Oscuridad, en la cual se produce la reflexión de la luz de la Sabiduría por mediación del Iluminador (la Intuición). Así como la luna alumbra a la tierra, del mismo modo vuelve a reflejarse la luz de la tierra sobre la luna. Por esta mezcla de la luz del pensamiento terrestre con la Intuición (cuya mezcla se efectúa también en el microcosmo) se oscurece la percepción clara. De la parte ligada a la tierra se alzan unas nubes que cubren el cielo. La fantasía, lo mismo que el águila, se eleva sobre las nubes y goza de la luz, mientras la tierra está en la oscuridad; pero no encuentra allí ningún punto en que pararse. Por el contrario, el hombre perspicaz, cuya mirada libre no está ofuscada por el egoísmo, recibe su instrucción por medio de la luz de la intuición. Más hay también algunos otros hombres que, por grandeza espiritual, se elevan muy por encima del error y de la ilusión y perciben la Verdad, porque ha salido en ellos el sol de la percepción. Tales hombres son llamados «Sabios» o «*Mahatmas*» (de *maha*, grandes, y *atma*, Alma).



La doctrina de estos Sabios, la que se dice, con razón, que procede de Dios, como que se origina en el conocimiento de sí que se ha despertado en ellos, se llama Ciencia de la Sabiduría (Filosofía) y forma la base de todos los grandes sistemas religiosos del mundo. Se llama también «Doctrina Secreta», no tanto porque no se quiera comunicar a todo el mundo, sino porque no es comprensible para todos. La Luz espiritual no se puede percibir con la lámpara del estudiante ni con una vela de iglesia: se percibe tan sólo con su propia luz.

Esta doctrina es tan antigua como la especie humana. Cuando «los Hijos del Cielo vieron que las Hijas de la tierra eran hermosas, se casaron con ellas»; es decir, cuando las formas humanas terrestres estaban suficientemente desarrolladas para servir de moradas a los Hombres celestiales, éstos les trajeron como regalo de bodas la Ciencia divina «Brahma» (el Divino) la enseñó a Vivaswat (el «Sol», Símbolo de la Sabiduría); Vivaswat la enseñó a Manú (el Pensador); Manú la enseñó a Ikshwaka (el antecesor de la raza humana). (*Bhagavad Gîtâ, IV, 1*). Pero en el transcurso de los siglos se fue perdiendo, a medida que el pensamiento inferior iba adquiriendo preponderancia y desaparecía la Percepción superior.

Esta doctrina nos informa, entre otras cosas, de que en la evolución espiritual del mundo, imperan leyes analógicas a las del mundo material. Así como en lo exterior todo se mueve en círculo, o mejor dicho, en espiral sin fin, así como la tierra gira alrededor del sol, y por el movimiento de éste, es llevada siempre en movimiento espiral por el espacio universal; así como se siguen el sueño y la vigilia, el día y la noche, el verano y el invierno, del mismo modo en el progreso de la humanidad por el camino del conocimiento de la Verdad hay períodos de iluminación y períodos de oscuridad. En cerca de 25.000 años, el sol, con los planetas que lo acompañan, pasa por los signos del zodiaco; los mundos aparecen y desaparecen y la duración de semejante periodo se calcula en 4.320.000.000 de años. Los hombres, las naciones, y también, partes enteras del mundo, tienen su nacimiento, niñez, juventud, edad madura, vejez y muerte. Los periodos de ruina siguen a los periodos de desarrollo, así como al flujo sigue el reflujo. Pero si en su descenso espiritual los hombres llegan a cierto punto, entonces aparece un salvador (Avatar) entre los hombres para conducirlos de nuevo al verdadero camino. «Siempre y cuando languidece el **Dharma** (la rectitud) y reinan triunfantes el desorden y la injusticia, me doy nacimiento a Mí mismo, encarnándome de esta suerte de edad en edad para la defensa de los justos, para la destrucción de los malvados y para el restablecimiento de la Sagrada Ley». (*Bhagavad Gîtâ, IV, 7, 8*).

«Los hombres insensatos, desconociendo mi naturaleza suprema, Me desprecian, con todo y ser, el Soberano Señor de todas las criaturas, cuando estoy revestido de una forma humana. Faltos de esperanza, faltos de acciones y privados de sabiduría y de sentimiento, tales hombres participan de la engañosa naturaleza de los **Rakshasas** (demonios) y de los **Asuras** (elementales)». (*Bhagavad Gîtâ, IX, 11, 12*). Siendo así que los impíos no perciben lo divino en semejante salvador, se sigue que sólo aquello que es divino en el hombre puede percibir lo divino en otro. El hombre ha de tener amor para saber lo que es el amor, y de igual modo ha de tener santidad en sí mismo para saber lo que es la santidad.

Semejante Avatar fue Krishna. La narración de su nacimiento, etc., se halla repetida en la del Nuevo Testamento, se encuentra descrita también en otras alegorías religiosas con más o menos variaciones. No es nuestro propósito investigar hasta qué grado es histórico el hecho en que se basa esto, sino señalar el hecho de que tenemos que distinguir en Krishna, lo mismo que en cada hombre, entre el Hombre divino y el hombre terrestre, entre el Ser celestial y la persona en la cual está encarnado y a la cual cobija. Krishna (o Cristo) como Verbo (Logos) es otra cosa de lo que es cuando se considera sólo su apariencia personal, y en esto está la clave para explicar el misterio que es incomprensible para todos los que no han aprendido a distinguir entre lo eterno y lo transitorio, y de cuya ignorancia han procedido innumerables disputas teológicas.

No podemos medir lo que pertenece al supramundo con la medida de nuestro pequeño mundo. Es preciso que distingamos al Hombre-Dios de la apariencia personal en que se manifiesta, del mismo modo que distinguimos la luz del sol de la planta que ella construye con la ayuda de los elementos materiales. La luz del sol es tan sólo una, pero las plantas son muchas, y según las cualidades de las mismas, producen diferentes flores, da el color blanco al lirio y el rojo a la rosa, y actúa sobre cada una con todas sus fuerzas, sin que por esto toda la luz del sol en el mundo esté encerrada en una sola planta. Así también puede el gran Espíritu del universo manifestarse con todos sus poderes en un Buddha, un Avatar o un Iluminado, sin que por esto el Dios del Universo se oculte en una persona y prive a todo el resto del universo de su omnipresencia. El Adepto o Mahatma es como otra planta de la humanidad, sólo que es un **espécimen** muy raro. Es la encarnación de un rayo de la Luz eterna en el cual se hallan todas las fuerzas de la Luz. «Una eterna porción de Mí mismo, emanada de Mí, anima el mundo de los seres vivientes, y atrae la mente y los otros cinco sentidos que residen en la Naturaleza (Prakriti)».

*(Bhagavad Gîtâ, XV, 7).*

Es, por tanto, algo totalmente diferente el considerar la historia de una personalidad que ha aparecido en la tierra, y el considerar la historia del ser celestial encarnado en tal personalidad. La apariencia exterior es tan sólo el símbolo del ser, al cual sirve de instrumento.

Los sucesos interiores y espirituales se hallan reflejados y representados en la naturaleza visible. El sol que vemos es el símbolo visible del invisible Sol espiritual en el reino del Espíritu, el símbolo de la Deidad que sale todos los días para los hombres y en la tarde vuelve a desaparecer. El sol permanece siempre el mismo, pero nosotros cambiamos nuestra posición respecto a él. No nace ni muere, pero nos aproximamos a él durante una parte del año y nos alejamos de él durante la otra. Nuestro alejamiento nos trae el invierno con sus sufrimientos; nuestra aproximación, la primavera con su alegría. Así la mitad invernal del año simboliza la vida en lo material, y la mitad estival la vida espiritual. Cuando llega el solsticio de invierno, y comienza la tierra a acercarse de nuevo al sol, se celebra la alegre fiesta de Navidad, y se dice: «Cristo ha vuelto a nacer.» Pero cuando en la primavera, la fuerza del sol ha dominado al invierno, se celebra en la Pascua la fiesta de la Resurrección, la victoria del Espíritu sobre la Materia.

Los símbolos no son invenciones caprichosas de la fantasía. No tendrían ninguna significación si no existieran los hechos que representan. También en la vida espiritual del mundo hay día y noche, periodos en que se aproxima el espíritu de la Tierra al Sol de la Sabiduría; y otros durante los cuales se aleja de él. Hay días de creación durante los cuales el Espíritu del mundo trabaja con sus fuerzas en la naturaleza, y noches en que descansa retirado en sí mismo. En la Doctrina Secreta, se llama «Manvántaras» a estos días, y la duración de uno de éstos con su crepúsculo correspondiente, lo mismo que el de la noche, es, según se declara, de 4.320.000.000 de nuestros años. (**H. P. Blavatsky, La Doctrina Secreta, Vol. II**). Pero dentro del gran movimiento circular tienen lugar otros movimientos pequeños circulares o espirales, y cuando se va perdiendo la Sabiduría entre los hombres, entonces, para salvarlos, aparece una de esas flores raras, un Maestro de Sabiduría, un Salvador del mundo. Todos proceden de Dios, y en cierto sentido, Dios es el que está encarnado en ellos y el que enseña por ellos. Su doctrina no es como las de nuestros sabios, una aglomeración de conjeturas y opiniones, ni ha sido inventada por ellos. Es la Verdad misma, que, habiendo llegado en ellos al conocimiento, habla por medio de ellos. Por lo mismo, dice también Jesús de Nazareth en la Biblia: «La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre

que me envió». (*San Juan, XIV, 24*). Los judíos de aquel tiempo le entendían tan poco como los «judíos» le entienden hoy en día; porque la razón que se apega a lo material, no puede discernir entre el «Yo» celestial y el «yo» terrenal. Por lo tanto, esta doctrina es también secreta para todos los que no son «cristianos», es decir, para todos los que no se han elevado por encima del mar del error a la Luz del Conocimiento.

El hombre, tal como le vemos todos los días, puede ser comparado a un pez cuyo elemento es el agua. Puede saltar en el aire, mas no puede vivir en él: vuelve inmediatamente a caer en el agua. Así también el hombre terrenal tiene momentos en que la iluminación divina le penetra como un relámpago, y en la cual puede levantar la cabeza hasta la luz de la Verdad; pero muy pronto vuelve a caer en el reino de la ilusión, y sólo los Hombres divinos que han dominado este reino pueden respirar y vivir en dicha luz. Ellos viven en Dios y Dios vive en ellos. Ellos y el Padre son Uno. (*San Juan, XIV, 2*). «Aquellos que, unidos mentalmente conmigo, Me conocen como *Adhibhûta* (Señor de los seres), *Adhidaiva* (Señor de los Dioses), y *Adhiyajna* (el Supremo Sacrificio), Me conocen en realidad cuando suena la hora de su muerte». (*Bhagavad Gîtâ, VII, 30*).

Más, ¿Qué es lo que el hombre alcanza con esto?. Ciertamente no es la conciencia de un ser diferente de él, sino que se despierta a la conciencia de su propia existencia divina, del mismo modo que un hombre que ha languidecido muchos años en un calabozo oscuro, tiene, al ser puesto en libertad, plena conciencia de ella. No sólo está libre, sino que se encuentra en la libertad y la libertad está en él. Cuando llegamos al conocimiento de Brahma, encontramos que nosotros mismos somos Brahma. Nosotros estamos en Todo y Todo está en nosotros, y allí cesa el concepto de la «personalidad», de la «separación» o de la «limitación». «Sankaracharya llama esta condición *Satchitanandam*», es decir, la condición de la santidad, que consiste en el conocimiento de la verdadera existencia divina. Así como un zapatero es zapatero mientras sigue su profesión, y sin embargo, es también hombre, y cuando abandona su profesión cesa de ser zapatero, mas no de ser hombre, del mismo modo el hombre en su interior es Brahma, y cuando ha llegado a este conocimiento, ya no se dice a sí mismo: «Yo soy este o aquel hombre», sino que desaparece en su conciencia el «yo» y el «tú», lo «tuyo», y lo «mío». Es todo y reconoce a todo en sí mismo. Ha vencido a la ilusión de la existencia, y está libre. Como que él ha alcanzado el conocimiento del Todo, las distinciones no le sirven de nada. Las distinciones proceden de la ignorancia y sirven para alcanzar el conocimiento de las cualidades del Todo. Donde se reconoce uno como unido

al Todo con sus cualidades, no queda ya nada que distinguir en la esencia de la Unidad. El es el «Espectador tranquilo» que no es afectado por el mundo de los fenómenos, que se mueve en su naturaleza. Los mundos aparecen y desaparecen en él, mas esto no le afecta a él. «Aquel que conoce la naturaleza espiritual y la material juntamente con sus cualidades, sea cual fuere la condición en que viva, deja de estar sujeto al renacimiento». (*Bhagavad Gîtâ, XIII, 23*).

«Deja de estar sujeto al renacimiento», es decir, no está ya sujeto a la ley de necesidad, que obliga, al que no ha llegado al verdadero conocimiento divino, a volver siempre al teatro de la vida a fin de aprender más; pero no está excluido de reencarnarse libremente para el bien de la humanidad, a fin de enseñar a los hombres el camino perdido de la salvación.

Uno de tales salvadores fue Gautama Buddha, es decir, «el Iluminado», y el describe la situación en que se encontró al alcanzar la iluminación, del modo que sigue: «Dirigí la mente hacia el conocimiento de formas anteriores de existencia. Recordé muchas diferentes formas de existencia: una vida, luego dos vidas, luego tres, cuatro, cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta, ciento, luego mil, luego cien mil vidas; luego la evolución y la disolución de muchos mundos. Allí estaba yo, aquel nombre tenía yo, a aquella familia pertenecía yo; aquél era mi estado, aquélla mi profesión, tal bien y tal dolor he experimentado, así fue el fin de mi vida; allí diferentemente volví en otra parte a la existencia. Así recordé más formas diversas de existencia, ya con los caracteres peculiares, ya con las relaciones peculiares. Este conocimiento yo lo había obtenido con esfuerzo en la primera hora de la noche; había apartado la ignorancia y ganado el conocimiento, había apartado la oscuridad y ganado la luz, mientras proseguía en estos ejercicios tan serios» Y cuando obtuvo el completo dominio de la ilusión de la personalidad, dijo: «En el que es salvo está la salvación; brotó este conocimiento. Agotada está la vida, completa la santidad, hecha la obra; ya no exista este mundo». (*K. E. Neumaun: «Die Reden Gotamo Buddha's»*).

Cristo muere constantemente por nosotros, a fin de que recibamos la vida por él, pues cuando en la tumba de lo material baja el Espíritu inmortal a fin de incorporarse como persona, pierde como persona el más alto grado de conciencia divina que posee como espíritu, y tiene que volver a elevarse al mismo. Krishna mismo tiene, como Arjuna, que emprender de nuevo el combate con las pasiones, a fin de volverse consciente de su Yo supremo y reconocer que él mismo es Krishna. Pero este Yo supremo es también su instructor y su guía, y cuando el hombre ha llegado en una vida anterior al

conocimiento de sí mismo, vuelve a alcanzarlo fácilmente en una nueva encarnación, o, hablando en términos cristianos, «muere la muerte mística, y Cristo celebra su resurrección en él, y este Cristo es el mismo».

Para el que no tiene conocimiento propio ni fe alguna, sería un asunto muy difícil probarle que ha habido semejantes iluminados y salvadores de la humanidad, o que los hay todavía; pero debería bastar la información de que es posible que tales sabios hayan vivido y de que hayan dejado doctrinas, para inducir a todo aquel que concibe la gran importancia de esto, a procurar aprender estas doctrinas y comprenderlas. Además, el estudio de las mismas no tiene por objeto el que uno se imagine que son verdaderas, sin interesarse más en ellas, ni existen para satisfacer la curiosidad científica y ser dejadas después a un lado; ni tampoco para el mezquino objeto de poner a algún literato en estado de ofrecer una «contribución a la historia de la civilización» y alcanzar así la «fama»; sino que el objeto de éstas es dar al hombre los medios de obtener la existencia inmortal en Dios.

Hay millares de hombres que están satisfechos con leer o predicar las doctrinas de los Sabios, sin que ellos las oigan; pues «entre millares de mortales, uno sólo, quizá, se esfuerza en lograr la perfección: y entre aquellos que se esfuerzan en conseguirla y la consiguen, apenas se encuentra uno que Me conozca en esencia». (*Bhagavad Gîtâ, VII, 3*). «Los hombres de escaso discernimiento espiritual, enorgullecidos con las alabanzas que los Vedas dedican a aquellos que cumplen las ceremonias prescritas en dichos libros, dicen: «Ya hay bastante con eso» y repiten incesantemente algunos textos que halagan su vanidad. Estos hombres, estando encenagados en sus groseros y mundanos deseos, desempeñan los actos de esta vida con la esperanza de verlos recompensados en un futuro nacimiento; practican un sin fin de ceremonias diversas con el objeto de adquirir el poder y los bienes materiales, y por fin, consideran como la suprema bienaventuranza el goce transitorio de los cielos, prefiriendo este goce a la eterna absorción en la Divinidad».

(*Bhagavad Gîtâ, II, 42, 43*). Pero la teoría y la práctica se condicionan mutuamente: la una procede de la otra. «Opuestamente al sabio, el ignorante habla de la renuncia de los actos y del recto cumplimiento de ellos, como de dos cosas distintas.

Aquel que practica puntualmente cualquiera de estos medios, recibe el fruto de ambos». (*Bhagavad Gîtâ, V, 4*). Ningún teólogo ha obtenido aún la unión con Dios por medio de la polimatía. Esta unión con el Yo supremo se efectúa sólo uniéndose uno mismo con El. Lo inferior se une con Lo Superior, cuando crece hacia ello y la fuerza que facilita a este crecimiento viene de



arriba. Toda bendición viene de arriba. «El hombre que disfruta de los beneficios de los dioses sin ofrecer a estos la parte que les corresponde, es un ladrón. Aquellos que se contentan con comer los restos de la ofrenda, serán purificados de todas sus culpas; pero aquellos que preparan su alimento exclusivamente para sí mismos, comen el pan del pecado, siendo ellos, a su vez, la encarnación del pecado». (*Bhagavad Gîtâ, III, 13*).

En la religión cristiana (al menos en la iglesia católica), tampoco se considera el estudio de la teología ni el comer y beber en común, como lo más santo y lo más esencial; sino la «santa comunión», el símbolo de la unión del hombre con Dios, aunque los ignorantes, como sucede generalmente en otras cosas entre los sabios, toman al símbolo por la esencia de la cosa, y no conocen su significación interna. «Mediante el sacrificio, alimentad a los Dioses, a fin de que los Dioses, a su vez, os proporcionen vuestro alimento, y auxiliándoos así mutuamente, podáis vosotros alcanzar la suprema bienaventuranza». (*Bhagavad Gîtâ, III, 11*).

Lo Divino nos alimenta cuando recibimos en nosotros al Espíritu divino, y alimentamos a lo Divino cuando nos entregamos a él. Dice Tomás de Kempis: «Sacrifícate a Mí, y entrégate por completo a Dios (el que está dentro y fuera de ti); así tu sacrificio será agradable a Dios». Cuanto más el hombre con su voluntad se entrega a su Yo supremo, tanto más este Yo supremo puede encarnarse en él, comunicarle su propia naturaleza y manifestarse en él. La Reencarnación divina no se efectúa sólo al nacimiento del hombre, sino que dura toda su vida y sólo queda completa cuando el hombre se halla enteramente penetrado del Espíritu de Dios y ha llegado al verdadero conocimiento divino. Nos atraemos esta Esencia divina cuando nos entregamos a ella.

Mas aquel que, a pesar de la influencia divina de su Yo supremo que actúa constantemente sobre él, no quiere creer en la presencia de Dios, sino que en su presunción no ve más que a «sí mismo», y niega la existencia de aquella fuerza única que abarca a todo el universo y a todas las criaturas, y, en su propia ilusión, estima a su yo transitorio sobre todas las cosas; aquel que esto hace, decimos, no puede llegar a unirse con su Yo superior, con el Yo infinito, al cual ni ama ni conoce. Su origen está en la oscuridad, y permanece preso en ella ligado por su propia voluntad.

«En este mundo hay dos órdenes de criaturas: las divinas y las demoníacas. Los hombres de naturaleza demoníaca no conocen la acción y la inacción; en ellos no se encuentra ni fuerza, ni buena conducta, ni verdad. «En el Universo, - dicen ellos -, no hay Verdad, ni base moral, ni Dios alguno que

lo gobierne; todos los seres son el producto de la unión sexual, y no reconocen otra cosa que el placer». Penetrados de tales ideas, estos hombres protervos y desenfrenados, de escaso discernimiento y de actos brutales, aparecen como enemigos para la destrucción del mundo. Esclavos de insaciabiles apetitos y llenos de hipocresía, presunción y soberbia, el error los arrastra a falsas nociones, y todos sus actos son sugeridos por designios impuros. Egoístas, violentos, sensuales, insolentes e iracundos, estos hombres malévolos Me odian en su propio cuerpo y en el de los demás. Pero a estos enemigos depravados, crueles, impuros y sumidos en la abyección más profunda, Yo los condeno a las miserias mundanas arrojándolos indefinidamente en un seno demoníaco». (*Bhagavad Gîtâ, XVI, 6, 10, 18, 19*).

Ellos se arrojan a sí mismos. Van allí donde pertenecen, según la esencia que han hecho suya: vuelven, lo mismo que todas las demás cosas, al origen de la naturaleza de la cual han nacido. Ya que esta esencia, de la cual han procedido, es el reverso de la Verdad - la falsedad y la ilusión -, así son estos seres en su propia naturaleza - espíritus de falsedad y productos de la ilusión -, y no pueden entrar en nada, sino en su propio principio.

Empero, Brahma es la verdadera esencia de todas las cosas, y aquel que lo reconoce como la base de su propia naturaleza, entra en él. Aquel que ha llegado a ser completamente semejante a Dios y que está lleno del Bien, no puede ser por nada desviado del Bien absoluto, porque en su naturaleza nada hay que sea congenial con otras formas de conciencia por las cuales pueda ser apartado de Brahma. Por medio del Conocimiento de la Verdad no pierde su individualidad, sino que desaparece la ilusión de la separación, cuando reconoce lo Verdadero como base de su propio ser. Pierde el error por el cual tomaba por su verdadero Yo a una cosa que no era su verdadero ser, y encuentra en su lugar a su verdadero Yo infinito, que abarca a todo. «Viéndole verdaderamente idéntico en todas partes, y presente por igual en todas las cosas, no se destruye a sí mismo, y de esta suerte alcanza la meta suprema».

(*Bhagavad Gîtâ, XIII, 2, 8*).



## CAPÍTULO V LA CREACIÓN

En el Bhagavad Gîtâ dice Brahma: «Bajo mi presidencia, la Naturaleza hace surgir todas las cosas animadas e inanimadas, y por esta causa, el universo ejecuta su revolución». (*Bhagavad Gîtâ, IX, 10*). «Ni la cohorte de los Dioses ni los grandes *Rishis* (sabios) conocen mi origen, puesto que Yo soy el principio de todos los Dioses y de los grandes *Rishis*. - Yo soy el origen de todos los seres; de Mí procede el Universo entero. Los sabios que de tal modo piensan, participando de mi naturaleza, Me tributan adoración».

(*Bhagavad Gîtâ, X, 2, 8*).

«Todos los seres radican en Mí, pero Yo no resido en ellos. Y sin embargo, los seres no radican en Mí: tal es el misterio de mi condición soberana. Mi Espíritu, siendo el fundamento, el sostén y la causa eficiente de todos los seres, no reside en ellos. De igual manera que el viento se mueve en todas direcciones sin salir del espacio etéreo, así también todos los seres manifestados se hallan contenidos en Mí. Cuando un *Kalpa* llega a su término, todas las cosas se reabsorben en mi naturaleza inferior; y al comenzar un nuevo *Kalpa*, Yo las emito otra vez. - Sin embargo, Yo no estoy ligado por estas obras, puesto que ellas no me afectan, permaneciendo Yo indiferente y como extraño entre las mismas». (*Bhagavad Gîtâ, IX, 4, 9*).

Para todo aquel que puede penetrar en lo interior de su conciencia propia, en donde impera el eterno Descanso y desde donde el observa el mundo de sus ideas y pensamientos, que son, en verdad, el mundo que le rodea, su creación, no necesitan explicación ninguna las frases que preceden, pues ve en su propio microcosmos el reflejo de los acontecimientos del macrocosmos, del universo. Se ve a sí mismo en su santuario interior rodeado de ideas elevadas y de sensaciones celestiales que componen su mundo divino; luego viene la esfera de las ideaciones y pensamientos terrestres, y por último, la región exterior de su reino, en el cual impera su voluntad: la región senciente por medio de la cual está en relación con el mundo corpóreo exterior; y todas estas creaciones tuyas no son nada heterogéneo ni lejano de él, sino que pertenecen a su propio ser, han procedido de él mismo, y, por tanto, su conciencia propia interior se halla libre de ellas y permanece como

un espectador tranquilo que observa lo que pasa ante él en la naturaleza que le rodea. Cuando duerme, desaparecen todas estas cosas de su conciencia; el Espíritu se retira con toda su creación en su propio interior. Cuando despierta en la mañana, vuelve a salir de sí mismo, y su mundo con él; reaparece su creación.

Según la doctrina de los Vedas, sucede en grande en la naturaleza del universo, lo mismo que en el hombre; el hombre es en pequeño un retrato de la gran Naturaleza. Así como él tiene periodos de sueño y de vigilia, del mismo modo hay en la Naturaleza períodos de vigilia, «Manvántaras», o días de creación, durante los cuales la Naturaleza está en actividad, y noches de descanso llamadas «Pralayas», durante las cuales el divino Espíritu del Universo se retira en su interior. Se dice: «Brahma duerme y está despierto alternativa y periódicamente»; pero no se ha de entender por esto que Dios duerma realmente. A la verdad, la conciencia espiritual del hombre se halla más libre cuando su cuerpo duerme, y desaparece tanto más, cuanto más despierto está el hombre exteriormente. «Cuando se abre el ojo del alma, se cierra el ojo del cuerpo, y cuando «Lose abre el ojo del cuerpo y entra de nuevo en nuestra mente el mundo de los sentidos, cesa la vigilia espiritual».

*(Jacob Boehme. «Das umgewandte Auge»)*. «Lo que es noche para las multitudes que carecen de iluminación espiritual, es día a los ojos del hombre que se domina a sí mismo; y lo que es día para aquellos, es considerado como noche para el sabio dotado de discernimiento». *(Bhagavad Gîtâ, II, 69)*. Por consiguiente, se suele decir con razón, que la vida del hombre es un sueño, y de igual manera se puede considerar la entera creación como un sueño de Brahma, del Espíritu del Universo. No se trata aquí de ninguna creación, pues donde nada existe, nada se puede crear.

Pero como el hombre crea sus ideas de su propio ser, y en su ser está contenido lo que él sabe, aun cuando no piense a la vez en todo, así también el mundo entero está contenido en el ser de Brahma, y Él crea sus pensamientos en Sí mismo. La razón es la luz del hombre, pero no alumbra al mismo tiempo todas las partes de su espíritu; así está impresa en la Naturaleza la Sabiduría de Dios, mas no es la Naturaleza misma Dios o la Sabiduría. Aun no se ha agotado en la creación el infinito poder creativo de la voluntad divina.

Para formarnos un concepto de la historia de la creación, será conveniente echar una mirada a la Doctrina Secreta que nos ha transmitido H. P. Blavatsky.

En el misterioso libro del Conocimiento de sí mismo, libro que no conocen los sabios del mundo, se lee:

«El Eterno Padre, envuelto en sus Siempre Invisibles Vestiduras, había dormitado una vez más por Siete Eternidades. El Tiempo no existe, pues yacía dormido en el Seno Infinito de la Duración. La Mente Universal no existía, pues no había Ah-hi (seres) para contenerla. Las Siete Sendas de la Felicidad no existían. Las Grandes Causas de la Desdicha no existían, porque no había nadie que las produjese y fuese aprehendido por ellas. Sólo tinieblas llenaban el Todo Sin Límites; pues Padre, Madre e Hijo, eran una vez más Uno, y el Hijo no había aún despertado para la nueva Rueda y su Peregrinación en ella. Los Siete Señores Sublimes y las Siete Verdades, habían dejado de ser; y el Universo, el Hijo de la Necesidad, estaba sumido en Paranishpanna (Perfección), para ser exhalado por aquello que es, y sin embargo, no es. Ninguna cosa existía. Las Causas de la existencia habían sido destruidas; lo Visible que fue y lo Invisible que es, permanecían en Eterno No Ser (el Único Ser). La Forma Una de Existencia, sin límites, infinita, sin causa, se extendía sólo en Sueño sin Ensueños; y la Vida palpitaba inconsciente en el Espacio Universal, en toda la extensión de aquella Omnipresencia que percibe el Ojo Abierto de Dangma (el ojo interno y espiritual del vidente)».

Difícilmente satisfará esta descripción poética a ninguno de nuestros ciegos filósofos modernos, cuyos ojos espirituales no están abiertos. Por esto piden siempre pruebas sustanciales. La ciencia oculta es «oculta» precisamente porque, para comprenderla, se necesita un grado de conocimiento espiritual superior que no todo el mundo ha alcanzado aún. Lo oculto comienza donde cesa lo demostrable, y ya que son inútiles todos los esfuerzos para hacerse intelectualmente demostrable lo no demostrable, esta ciencia superior es tan sólo para los que se elevan a lo divino y pueden comprender lo espiritualmente. Por esto se prueba lo expresado en la Biblia: «No el espíritu del hombre (la inteligencia humana transitoria), sino el Espíritu de Dios en él (el Espíritu del conocimiento interno), escudriña las cosas profundas de Dios». (*Corintios, II, 10*).

¿Cómo podría una criatura que no tiene más que una existencia condicional (relativa), representarse al Ser incondicional (absoluto), ya que lo temporal no puede abarcar a lo eterno, lo limitado a lo infinito, la criatura al Creador?. Sólo aquello que es eterno en el hombre, puede comprender a la Eternidad, ya que ésta es su propia esencia. La inteligencia limitada por la ilusión de la separación, está ligada a la tierra; sólo el Espíritu de Dios que mora en el templo del espíritu humano (pero que no está encerrado en él), puede conocer a la Esencia de Dios, es decir, a sí mismo (el «Hijo» al «Padre»). «Nadie llega al Padre sino por el Hijo». (*Timoteo, VI, 16*). Nadie

puede comprender lo santo sino aquel que en sí tiene santidad. Sólo aquel que se desembaraza de su personalidad, que es un producto de la ilusión, puede reconocerse en la Verdad.

Dice el Bhagavad Gîtâ: «Hay en este mundo dos principios; el uno es perecedero, y el otro imperecedero; el perecedero son todos los seres vivientes, y el imperecedero es denominado lo Inalterable. Pero existe otro Principio, el Principio más elevado, denominado Espíritu Supremo, el Señor inmortal que penetra los tres mundos, y los sostiene. Así, pues, superando Yo a lo perecedero, y siendo aun más excelente que lo imperecedero, en el mundo y en los *Vedas* soy proclamado el Principio Supremo. Aquel que sustrayéndose al error Me conoce como Principio Supremo, lo conoce todo, y Me adora con todo su ser. Conociendo esta doctrina, el hombre alcanza la verdadera sabiduría y sus deberes quedan cumplidos». (*Bhagavad Gîtâ*, XV, 16, 20).

Se reprocha a la Ciencia oculta el establecer como verdaderas unas aserciones que quedan por probar. Olvidan que el que una cosa parezca verdadera o no, depende del grado de conocimiento, y que lo que es una verdad comprensible por sí misma para aquel que sabe, es para aquel que no sabe un objeto de su ignorancia, y no se le puede probar aquello que se halla fuera de su conocimiento. La impiedad de los científicos y filósofos es la causa de que no puedan concebir lo santo (la Verdad), aunque se halla claro ante sus ojos y presentado de todas las maneras imaginables en los escritos de los iluminados (a los cuales sólo unos pocos leen en el día).

Así, por ejemplo, han pasado ya más de trescientos años desde que el iluminado filósofo alemán Jacobo Boehme describió todas estas verdades, a su modo, es verdad, pero clara y sencillamente, y todavía sólo un muy pequeño número de nuestros sabios han logrado elevarse a la altura de su contemplación del mundo, aunque él mismo da la dirección. La mayor parte, o no conocen sus obras, o las tratan de quimeras.

«No puedo describirte en un círculo toda la Deidad, pues es inconmensurable; pero no es incomprensible al espíritu que está en el Amor de Dios (en el conocimiento de la Verdad). Él la reconoce, pero sólo por fragmentos; por tanto, tómalos uno tras otro y llegarás a ver al Todo». (*Jacobo Boehme «Aurora» X, 26*).

Tampoco lo conciben los teólogos. Estos creen que Dios es un templo para los hombres, en el cual pueden entrar con su personalidad, en vez de reconocer que el hombre es un templo de Dios, en el cual la Deidad no puede entrar si no cuando desaparece de allí la personalidad humana. Cuando esto se

verifica, el espíritu del hombre puede, por el poder del Espíritu divino, conocer los secretos de Dios y de su creación; pues por este medio se vuelve uno con el Espíritu de Dios en él. «Mediante esta devoción, él conoce en realidad lo que Yo soy, así como mi verdadera Esencia y toda mi grandeza; y una vez ha logrado tal conocimiento, entra inmediatamente en Mí».

*(Bhagavad Gîtâ, XVIII, 55).*

En aquel que en sí mismo reconoce al Creador, y se vuelve uno con Él por tal conocimiento, el Creador se reconoce a sí mismo y sabe cómo el mundo por su voluntad en su sabiduría se ha originado y todavía se origina en su substancia. Para esto no necesita ninguna prueba científica; pero la ciencia necesita la evidencia de la manifestación divina en la naturaleza, y la probabilidad, porque ella no conoce a la Verdad misma. «No sé yo, el «yo» que soy, sino Dios (el «No-Yo») lo sabe en mí», dice Jacobo Boehme. Pero aquel que no conoce más que su propio «yo» - producto de su presunción -, no entenderá ni los escritos de Jacobo Boehme, ni el Bhagavad Gîtâ. Por lo tanto, estas páginas no se escriben para los eruditos, sino para los discípulos de la Verdad.

Cada uno contempla al mundo desde el punto de vista en el cual se encuentra. El crítico filósofo, austero, fantástico y especulativo, que no sabe nada del conocimiento de sí, considera los escritos de los iluminados como resultados de la sutileza y fantasía filosóficas; el teólogo que considera a Dios como un ser lejano, y, por tanto, como una cosa secundaria, tiene a tales escritos por inspiraciones de seres exteriores e invisibles; cuando no por los dictados de un Dios que tiene su morada fuera de su naturaleza; el Sabio que reconoce la omnipresencia de Dios en todos los seres, no se admira de que la Sabiduría de Dios pueda manifestarse en lo interior de un hombre e iluminar la inteligencia humana; y para el no místico, la evidencia de que pueda haber una manifestación interior, consiste en que las enseñanzas de los Sabios concuerdan las unas con las otras en la substancia, aunque no en la forma, como lo prueba, por ejemplo, una comparación de los escritos de Boehme y de Paracelso con los de los Vedas indos. El científico y el teólogo hablan de Dios y del universo como de algo que no tiene relación con ellos; Jacobo Boehme, por el contrario, dice: «Cuando hallamos de la creación del mundo como si la hubiéramos presenciado, no debe ninguno admirarse de ello ni tenerlo por imposible; porque el espíritu que está en nosotros, y el cual un hombre hereda de otro (por la reencarnación), es de la eternidad y lo ha visto y lo ve todo en la luz de Dios... Y cuando hablamos del cielo y del origen de los elementos, no hablamos de cosas que están lejos de nosotros, sino que hablamos de cosas

que acontecen a nuestros cuerpos y a nuestras almas; y nada hay tan cerca de nosotros como este origen, pues vivimos en él como en nuestra madre; y por consiguiente, si hablamos de nuestra casa materna, hablamos del cielo, y así hablamos de nuestra patria, la que el alma iluminada puede ver muy bien, aunque está oculta en el seno». (*«Drei Prinzipien», VII, 6*).

Así también describe Jacobo Boehme la creación del mundo, no como algo desnatural o antinatural, sino que dice: «El entero Ser divino se halla en continuo y eterno nacimiento (pero inmutable), lo mismo que la mente humana, siendo así que de la mente nacen pensamientos constantemente, y del pensamiento la voluntad y el deseo, y de la voluntad y del deseo, la obra» (*«Drei Prinzipien», IX, 36*); y el Bhagavad Gîtâ corrobora esta eterna duración de la creación, pues dice: «No hay en las tres regiones del Universo una cosa tan sólo que me quede por hacer, ni hay cosa alguna susceptible de obtenerse que yo no haya obtenido: y sin embargo, estoy constantemente en actividad. Si por un solo instante yo dejase de estar en acción, la humanidad entera seguiría mi ejemplo; si por un instante siquiera yo diese tregua a mi infatigable actividad... sobrevendría el caos y todo cuanto palpita en el mundo dejaría de existir». (*Bhagavad Gîtâ, III, 22, 23*). La creación del espíritu divino en el Universo es llamada la expiración de Brahma; otros místicos la llaman expresión del Verbo divino (Logos). El instructor cristiano, Maestro Eckhart, confirma lo que precede, pues dice: «Si Dios llegase a interrumpir la expresión de su Palabra, aun tan sólo un instante, perecerían el cielo y la tierra». (*F. Hartmann, «Die Bhagavad Gîtâ», S. 31, Aumerk, 24*). Dice la Biblia: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho». (*San Juan, I, 1 - 3*). La doctrina india dice lo mismo en diferentes palabras: «El Universo vive en Brahma, procede de Brahma y vuelve a Brahma».

El filósofo moderno aparece y hace el maravilloso descubrimiento de que Dios es el «Espacio». Desgraciadamente olvida con esto la conciencia, la Deidad en él. Por esto la especulación filosófica racionalista y material se diferencia de la Teosofía en que la una no reconoce más que el aspecto material del Universo, y la otra reconoce el Espíritu que actúa en dicho aspecto material. El mero saber sin la percepción de la verdad, es una cosa sin vida; llena la inteligencia de fantasías y deja vacío al corazón. La ciencia no es nada sin el conocimiento de la Verdad; el Espacio, nada sin la Luz; Dios nada sin la Conciencia, y el Cielo nada sin el Amor. El Amor sin inteligencia está ciego, y la inteligencia sin amor es una necedad. Así como es en lo pequeño es



en lo grande, y por tanto, Dios no ha hecho el mundo de amor sin conocimiento, sino de su amor divino, el cual es la Sabiduría, por su libre Voluntad divina.

La ciencia materialista se ocupa de formas muertas; la verdadera ciencia secreta se ocupa del espíritu vivo. En la Doctrina Secreta, no se considera al Universo como una cosa sin dios, en sí misma, gobernada por un dios que existe fuera de ella, sino como un todo orgánico cuyo cuerpo visible es el mundo corpóreo, cuya alma es el reino del Espíritu, cuya vida es la Divinidad; el cielo es la mente y las estrellas los pensamientos del Espíritu del mundo, el sol el gran corazón cuyos latidos envían corrientes de vida por el organismo; pero el Verbo creativo es la expresión del Pensamiento divino, el cual está en Dios y es una parte de su esencia. Se designa como un aliento del Espíritu Universal al eterno proceso de la conversión y del decaimiento del mundo de las formas. Dios expira su espíritu en la Naturaleza y se originan mundos; lo aspira, y la creación desaparece. Y no hay razón para considerar todo esto como mera fábula o alegoría, sino que es un hecho científico que se verifica, no exteriormente, sino dentro de la omnipresencia de Dios. Los Sabios antiguos midieron los períodos en que se verifican estos procesos, y han determinado la duración de un latido del corazón del sol de nuestro sistema y también la duración de una respiración de Brahma, es decir, del origen y desaparición de una creación (Kalpa).

Dice la Doctrina Secreta: «El Sol es el corazón del Mundo Solar (Sistema) y su cerebro hállase oculto detrás del Sol (visible). De allí, la sensación es irradiada en cada centro nervioso del gran cuerpo, y las ondas de la esencia de vida, fluyen dentro de cada arteria y vena». (*Doctrina Secreta, I*). Los planetas son sus miembros y pulsaciones.

Aunque la mente humana no puede abarcar a la grandeza de Dios en el universo, no son, sin embargo, incomprensibles las manifestaciones del Espíritu de Dios en la Naturaleza, y sólo la propia cortedad de vista, la limitación y la pequeñez de comprensión, impiden a los sabios del mundo reconocer la grandeza de Dios en sus obras. De la incapacidad para comprender una idea grande y sublime, nació la llamada contemplación racionalista del mundo; de la conciencia de sí despierta al conocimiento de Lo Superior, y de la elevación a Lo ideal, el cual es Lo Real más elevado, proceden las enseñanzas de la Teosofía.

Si consideramos al hombre en el obrar, encontramos también que sus obras no proceden directamente de su cerebro como formas visibles. Primero viene el pensamiento, luego la voluntad y después la acción.



Así también se puede considerar a Brahma bajo un triple aspecto, a saber: como Creador (el Padre), como el Verbo o expresión del Pensamiento (el Hijo) y como la manifestación producida por la expresión del Pensamiento (el Espíritu), cuya manifestación se nos presenta en la Naturaleza como forma visible. Las manos del hombre pertenecen al hombre, mas no el hombre a sus manos; y a menudo queda la obra hecha por el artista, muy lejos del ideal que él quería crear. Así también se originan las fuerzas en la Naturaleza del Ser divino; sin embargo, la Naturaleza no es Dios. La Naturaleza no está consciente de sí, ni se halla penetrada del Espíritu vivo de la Sabiduría; la voluntad de la Naturaleza no está libre, sino ligada a las condiciones bajo las cuales actúa, y por tanto no es perfecta. Tanto más perfectas son las creaciones del Espíritu divino, cuanto más cerca se hallan de la Fuente divina de la cual han procedido; tanto menos semejantes son a Dios, cuanto más se alejan de dicha Fuente y se vuelven materiales, así como un rayo de luz reflejado repetidas veces no da al fin más que una débil claridad, y un eco repetido pierde su fuerza. En ninguna parte se halla escrito que el mundo material, tal como lo vemos, haya salido directamente de las manos del Creador, sino que se dice en la Biblia: *«Bereshith bara Elohim eth hashamayim v'eth h'arets»*; lo cual, correctamente traducido, significa: «La Cabeza produjo el Poder por el cual existen el Cielo y la Tierra» - «Y los Elohim dijeron: Sea la luz, ¡y la luz fue!».

Los Elohim, en el sentido más lato, abrazan, por tanto, todas las fuerzas y sustancias del Universo; todos son formas de la Conciencia que ha procedido de la Omniconciencia de la Sabiduría divina; pero distinguimos varios planos de existencia en el universo, el mundo celestial y la naturaleza, y por consiguiente diversas emanaciones de la Fuerza divina; las que se hallan más cerca de la Fuente de su eterno origen, y las que se hallan más lejos de la misma, y por tanto, se componen de «materia más tosca». En el más elevado grado de existencia encontramos estas formas de conciencia como entidades o inteligencias, arcángeles y ángeles, dioses y demonios; en el grado más bajo, como fuerzas físicas conocidas y formas inferiores de existencia; pero todas, aun la piedra aparentemente inanimada, tienen vida y conciencia, aunque no se manifieste en tales formas, pues Brahma está presente en todas. Sin Él no hay sensación, ni afinidad química, ni atracción, ni gravitación, ni ley. Todo está en Él, y fuera de Él nada hay. «Hallase fuera y dentro de todos los seres; es inmóvil, y a la vez, está dotado de movimiento; es imperceptible por razón de la sutileza suya; y a un mismo tiempo está próximo y lejano. Aunque indiviso, hallase distribuido en todos los seres; debe ser considerado como el

conservador de todas las cosas existentes, siendo a la par Lo que las destruye y las engendra». (*Bhagavad Gîtâ, XIII, 15, 16*). Él es la vida Una en todo, la que se expresa en las diversas formas según las condiciones que éstas presentan, como su actividad. Por tanto, no hay ninguna materia muerta en el Universo; en todas las cosas hay vida, aunque no sea perceptible en todas para nosotros. Aun en un cadáver, cada átomo tiene su vida, pues de otra manera no podría corromperse. Con la muerte del cuerpo no llega a su fin la vida de los elementos de dicho cuerpo, sino solamente la actividad del organismo como un todo.

Los Elohim, en su más elevada forma, son las siete formas de conciencia que proceden del divino Sol de la Sabiduría, y la Naturaleza es el espejo en que se manifiestan a nosotros. Pero la «Luz» que se manifiesta, y en comparación con la cual nuestra luz terrestre es oscuridad (*Doctrina Secreta, Vol. I*), es el «Hombre doble» (*Zohar*), el Hombre universal, Adamkadmon, el principio masculino en el cual está contenido el femenino, Espíritu y Fuerza, Voluntad e Ideación, Dios y naturaleza.

No es aquí el lugar para entrar en detalles de los aspectos elevados que se nos presentan en la Doctrina Secreta (la cual es «secreta» para la mayor parte del mundo, porque es difícil de comprender), sino que nos proponemos citar no más algunos puntos principales de dicha Doctrina, los que son necesarios para comprender el Bhagavad Gîtâ. Los procesos que aparecen en los fenómenos exteriores de la Naturaleza, pueden servirnos de alegorías para concebir profundos procesos espirituales, y esto no quiere decir que se tengan que sacar de los procesos exteriores de la naturaleza conclusiones fantásticas en relación con leyes espirituales de las cuales no se sabe nada, sino que los Sabios que reconocen la ley del Espíritu en el interior, encuentran también la confirmación de la acción de esta ley en la naturaleza exterior. La naturaleza es un libro cuyo significado no podemos descubrir con una simple contemplación de las letras mientras no conocemos su lenguaje; pero cuando conocemos el lenguaje de la naturaleza, se nos hace claro el significado de sus letras y de sus palabras.

Así sabemos que en un prisma la luz del sol se divide en siete colores, y de esto no sacamos por consecuencia que haya un sol espiritual con cuya luz suceda lo mismo, pues sin la presencia de una percepción espiritual, no podríamos generalmente llegar al concepto de la existencia de un Sol espiritual del Universo; cuando, por el contrario, el Sol de la Sabiduría ha salido en nuestro propio interior, reconocemos también las leyes de su Luz, la cual es ya nuestra, y encontramos la acción de las mismas leyes en la

naturaleza exterior; lo cual no puede ser de otra manera, ya que el mundo material visible es una imagen, un símbolo del mundo espiritual invisible. Pero ¿Cómo puede hacerse esto claro al que no conoce su propia vida interior y no ha despertado a la conciencia de la existencia divina?.

Al abrirse el ojo espiritual de Arjuna, se le manifestó la forma más sublime del Señor, «con multitud de ojos y de bocas y un sin fin de aspectos... admirable bajo todos conceptos, resplandeciente, infinito, con la faz vuelta en todas direcciones... Allí, en el cuerpo del Dios de los Dioses (Elohim), contempló reunido todo el Universo con su inmensa variedad de formas. Si la deslumbradora luz de mil soles brillase a la vez en el firmamento, apenas sería comparable al esplendor de aquella Forma sobrehumana». (*Bhagavad Gîtâ, XI, 9, 14*).

La Luz Una, o la Fuerza primordial Una, la Vida Una, la Conciencia Una, se manifiesta en el espejo del Alma del Mundo en siete luces o colores (los siete candelabros que rodean al trono de Dios) (*Apocalipsis, II, 1*), siete inteligencias, fuerzas, formas de vida o conciencia, que penetran a toda la naturaleza, vuelven siempre a dividirse en siete subdivisiones, y finalmente se nos manifiestan en innumerables formas de existencia. El que los designemos según el punto de vista desde el cual los consideremos, como Elohim, Dhyan Chohans, como los siete Rishis o «Patriarcas», como Dioses, potencias divinas, fuerzas naturales, etc., no cambia en manera alguna su naturaleza; el nombre que damos a una cosa, denota la idea que tenemos de ella, mas no la cosa misma. La ciencia moderna ha dado un paso adelante, siendo así que ha descubierto que aun en los organismos más pequeños se hallan seres vivientes, microbios, etc.; quizá dentro de poco llegue a reconocer que en el Universo no hay materia muerta, y que todo en él es una manifestación de la Vida eterna\*.

Entonces volverá al punto en que estaba hace millares de años, y los hombres científicos empezarán a comprender lo que proclamaban los antiguos Sabios. (\*) Los magníficos trabajos del Profesor Von Schrón sobre «La Vida en los cristales», son una corroboración importante de las aserciones de H. P. Blavatsky acerca de la Vida Una en todo. - Nota del traductor.

## CAPÍTULO VI REENCARNACIÓN

Según la antiquísima Doctrina Secreta, el proceso cósmico consiste en una constante conversión y desaparición de la creación. Brahma, el Uno, permanece siempre el que es; el Ser mismo no cambia; mas el mundo de la manifestación de fuerzas y formas, nace y muere y se renueva para volver a morir. «No hay existencia posible para lo que no existe, ni puede cesar de existir lo que existe. La certeza de esto presentase clara a los ojos de aquellos que perciben la Verdad y escudriñan el origen de las cosas». (*Bhagavad Gîtâ, II, 16*).

El Uno, Brahma, es inmortal. «Nunca ha tenido nacimiento, ni tampoco está sujeto a la muerte; porque, no habiendo sido jamás llamado a la existencia, ¿Cómo puede dejar de existir?. Es eterno, indestructible, imperecedero, sin principio ni fin, y no se aniquila ni experimenta quebranto alguno cuando es destruida su envoltura mortal. De consiguiente, sabiendo que es eterno e indestructible Aquel que desplegó el Universo y cuya esencia todo lo penetra, ¿Quién será capaz de anonadar lo que es inmortal e imperecedero?. (*Bhagavad Gîtâ, II, 30, 17*). Los mundos, por el contrario, lo mismo que sus habitantes, vienen y se van; son los vehículos en que se manifiesta el Espíritu eterno. «El conocimiento del vehículo juntamente con el del Conocedor del vehículo... constituye la verdadera sabiduría». (*Bhagavad Gîtâ, XIII, 2*). La posesión de la capacidad de alcanzar este conocimiento, es la condición principal para comprender la ciencia oculta.

El salir los fenómenos del Ser, por medio de lo cual nacen los mundos, y el desaparecer de nuevo estos fenómenos, por lo cual los mundos mueren, se llaman la expiración y la inspiración de Brahma. El hombre animal respira aire, el Hombre divino respira espíritu; el Espíritu de Dios es la expresión de su Voluntad y de su Pensamiento, su Palabra (Verbo), de la cual se hacen todas las cosas, como se dice en la Biblia: «Envías tu aliento, (los mundos) son creados y renuevas la faz de la tierra. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el aliento, expiran y vuelven a ser polvo». (*Salmos, 104, 29, 30*). Así sale lo Manifestado de lo No-Manifestado y vuelve a lo No-Manifestado, y la reencarnación, sea con respecto a mundos enteros o a simples individuos, no

es otra cosa que una re-manifestación, en el plano material, de entidades que se hallan en el plano espiritual. Empero no se halla absorto todo el ser del espíritu que se encarna por la forma en la cual se encarna, sino que echa raíces en ella, por decirlo así, y la sombrea. El Espíritu de Dios, el que crea al Universo, es inmensamente más grande que el producto que ha creado, y el espíritu del hombre es mucho más grande que el organismo visible en el cual se encarna. El Espíritu permanece, la encarnación cesa; pero la conciencia es constante o perecedera, según tenga su morada en lo duradero o en lo perecedero. Si se eleva a lo Espiritual-divino, es imperecedera; si limita su existencia a la forma perecedera, perece con ésta.

Cuando el Bhagavad Gîtâ dice: «Yo mismo jamás he dejado de existir, ni en adelante ninguno de nosotros dejará de existir» (*Bhagavad Gîtâ, II, 12*), no se hace referencia alguna al hombre personal, sino a la esencia del hombre. Esta esencia es el Ser Único, Brahma, la esencia del Bien. El que alcanza la conciencia de su naturaleza divina, entra en Brahma (*Bhagavad Gîtâ, II, 72*). Se puede comparar al hombre con un rayo de luz que parte del sol y cuya extremidad alcanza la tierra, sin que por esto abandone al sol, su origen. La parte divina del hombre no abandona a Dios al encarnarse en la tierra, pero la extremidad terrestre del divino rayo de luz produce un fenómeno cuya encarnación es el hombre personal, y esta encarnación es la envoltura que siente, piensa y quiere con los cinco sentidos y todo lo que pertenece a la tierra. (*Bhagavad Gîtâ, XV, 7*). Es la morada del hombre, mas no del Hombre mismo; es la «vestidura» viviente que el Hombre se pone al nacer y se quita al morir, y en la cual pasa por las experiencias que le sirven para alcanzar el verdadero conocimiento de sí. «De la propia manera que el hombre desecha sus viejas vestiduras para ponerse otras nuevas, así también el Espíritu, después de abandonar su gastado cuerpo mortal, toma posesión de otros nuevos cuerpos». (*Bhagavad Gîtâ, II, 22*). Entonces la parte terrestre del alma nace, envejece y muere; pero la parte divina no es afectada por ello; las afecciones pertenecen sólo a la parte temporal del alma, mas no a su parte eterna. El hombre, cuya conciencia tiene su centro de gravedad en la parte terrestre de su alma, tiene placer y dolor; pero cuando su conciencia se ha elevado a su parte divina, no es ya la parte que siente, sino el tranquilo espectador superior a toda sensación terrestre, al placer y al dolor, como uno que puede mirar a su propio cuerpo del mismo modo que algo extraño, y se dice a sí mismo:

«No soy yo quien ama y odia, y siente placer y dolor, sino que las fuerzas naturales en mi organismo siguen su ley». (*Bhagavad Gîtâ, XIV, 23*).

El «progreso divino» del hombre, no consiste, pues, en que se convierta substancialmente en algo que no sea desde la eternidad, sino que vuelve a alcanzar la Conciencia y el Conocimiento propios de su verdadero ser, después de haber perdido esta Conciencia al bajar al mundo de los sentidos. En esta inmersión en el mundo de los sentidos y en el regreso a la Conciencia de Dios consisten la evolución y la involución del Hombre, su salida y su entrada en Dios; y también en este sentido el hombre es en pequeño una imagen de la Creación en grande, ya que se repiten en él periódicamente la encarnación y la espiritualización. Es el mismo Dios Uno, de cuya naturaleza se originan siempre nuevos mundos, y es la misma individualidad divina que crea una serie de personalidades diversas, en las cuales tiene su residencia. Si el hombre no recuerda sus periodos anteriores de existencia en éste o en otros planetas, la causa de ello es que, a consecuencia de su «animalización» (la cual es acelerada especialmente por los excesos sexuales y el uso del alcohol), el órgano de la percepción espiritual se ha atrofiado y se ha ido perdiendo de generación en generación. Además, es inútil disputar con los hombres científicos sobre si se debe o no creer en la Reencarnación, pues no se trata de la mera «creencia» en esta doctrina, sino de la comprensión de la misma. El gran misterio se aclarará tan sólo al que reconozca, no sólo la manifestación en la naturaleza, sino también al Ser que produce esta manifestación. El mundo sensual, es, en múltiple envoltura, la imagen invertida del mundo espiritual. En el camino de la Evolución, formas hermosas nacen en los reinos mineral, vegetal y animal, crecen, envejecen, y, después que han alcanzado su punto culminante, vuelven al polvo. Considerada desde el punto de vista de lo eterno, la evolución del hombre, o su salida de la Conciencia de Dios, ofrece la imagen opuesta, y exhibe una degradación, mientras que su involución, o su entrada en Dios, significan su elevación. Sin embargo, su evolución y su involución, tomadas juntas, forman un progreso, suponiendo que él emplea bien su vida, pues así como la abeja vuela de flor en flor y de cada cáliz se lleva miel a su colmena, así también el alma del hombre atesora sus experiencias de cada una de las formas de existencia en la tierra, y lleva consigo a su hogar celestial las que son dignas de ello. En la Doctrina Secreta se describe este descenso del Espíritu en la Materia. El Bhagavad Gîtâ nos enseña la filosofía Yoga, es decir, la doctrina de la elevación desde la Materia a Dios. La una abarca la evolución de las formas; la otra la doctrina del regreso del hombre a su verdadera conciencia de sí, después de que ha comido del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, es decir, después que ha comprendido este conocimiento y por ello ha



alcanzado aquella inmortalidad individual, sin la cual la inmortalidad sería un objeto sin conciencia propia, y por tanto, una piadosa ilusión.

La «Doctrina Secreta» desarrolla ante nuestros ojos un maravilloso pero verdadero cuadro del origen de los mundos; arroja sobre la historia de la creación una luz ante la cual desaparecen en el dominio de la fábula las antiguas y mezquinas consideraciones ortodoxas. Nos enseña cómo las fuerzas espirituales que construyeron el universo, condensaron cada vez más el éter, hasta que al fin los mundos terrestres nacieron de los mundos etéreos; cómo entonces en estos mundos aparecieron los reinos mineral, vegetal y animal, y se desarrollaron formas semi-animales y semi-humanas, hasta que por fin las formas (las hijas de la Tierra) estuvieron suficientemente desarrolladas para unirse con los Habitantes del Cielo (los Hijos de la Luz), y cómo la ola que la Humanidad representa, rueda de existencia en existencia, y encuentra en cada una las condiciones que le convienen, hasta que por último alcanza la perfección. Con la encarnación de los cuerpos celestiales y planetas se efectúa también la encarnación del organismo humano o «condensación» del mismo, pues nuestros antepasados por muchos siglos eran de naturaleza etérea, «seres astrales» que con el curso de los siglos se volvieron cada vez más materiales, hasta que por último el elemento espiritual fue reducido al *mínimum* que se encuentra hoy en la humanidad, y este elemento tiene que volver a desarrollarse cuando quiera elevarse a un grado superior de existencia.

Lo que tiene lugar en la Humanidad como un todo, se repite siempre en el individuo. El Alma del Mundo fluye de existencia en existencia, y entre ellas corren las vidas del individuo desde lo Manifestado a lo No-Manifestado, y vuelven bajo nuevas formas. Las experiencias que el hombre necesita para alcanzar el divino Conocimiento de sí y la divina Perfección, no pueden adquirirse en una corta vida única, pues si así fuera, sería que el Hombre habría llegado ya antes, casi, al grado supremo.

Mientras el Espíritu, el Habitante de la séptima y más alta esfera, desciende a encarnarse, tiene que recorrer una escala de siete peldaños, a fin de llegar al primero, el más bajo; y a su regreso, vuelve a subir los peldaños intermedios hasta el más elevado plano de Conciencia. No se ha de entender por esto, sin embargo, que cambie de lugar, puesto que está constantemente radicado en Dios. Esta ascensión y descensión es más bien comparable a un movimiento ondulatorio. La ola parece rodar, y con todo, el agua permanece donde está. Es mejor llamarla una fluctuación de la conciencia desde el Espíritu hasta la Materia y de la Materia al Espíritu. A estas cinco esferas de conciencia corresponden las cinco envolturas del hombre de las cuales hemos



hablado anteriormente. Cada una de estas envolturas ha nacido en el plano del cual procede, y vuelve al mismo. Por consiguiente, el Espíritu, al subir, deja en cada plano una parte de su carga, y al bajar, vuelve a tomar la herencia que le pertenece. Este acto de tomar lo que le pertenece, se llama, en la religión cristiana, resurrección de la carne (cuando se entiende correctamente), pues por «carne» no se ha de entender aquí músculos y huesos, sino las fuerzas inferiores del alma que pertenecen a la parte perecedera del hombre.

Para hacer esto, en cierto grado, más comprensible, se puede representar de la manera que se indica en el cuadro de la página siguiente.

Según este esquema, se representa el proceso *post-mortem* como sigue:

«Cuando el alma ha dejado al cuerpo, y se ha roto el lazo que la unía con él, la vida también abandona al cuerpo. De paso se debe observar que el alma puede abandonar al cuerpo lentamente sin que se rompa este lazo. En este caso, el alma puede volver a animar al cuerpo, como sucede con frecuencia en los que están aparentemente muertos, y aun después de que la muerte del cuerpo ha sido «atestiguada» por los representantes de la ciencia, y que el supuesto cadáver ha sido enterrado, puede verificarse esta reanimación en el ataúd, pues ya que la única señal segura de la muerte, mientras no empieza la putrefacción, consiste en que está roto el lazo que une el alma al cuerpo, no tiene gran valor la atestiguación que hace la «ciencia», siendo así que no sabe nada acerca del alma ni del lazo referido».

Junto con el alma, el cuerpo etéreo abandona la habitación material en que moraba el alma; el divino rayo de luz se retira más hacia su manantial, y cuando el alma se ha separado completamente del cuerpo material, se halla también libre de este cuerpo etéreo, el cual se compone tan sólo de un grado más elevado de materia física.

Entonces el alma (la conciencia) se encuentra en el mundo de los deseos (Kama-loka), o región inferior del mundo astral. Aquí se separan los poderes superiores del alma (Buddhi-Manas) de los inferiores (Kama-Manas); lo «inmortal», o mejor dicho, la parte *duradera*, de la transitoria. Si el hombre ha sido un diablo, incapaz de un solo sentimiento noble, tendrá que dejar allí su envoltura diabólica, y no hay en él nada consciente de lo divino que pueda quedar de él, aun cuando fuere instruido y sagaz, pues no hay nada inmortal en el hombre sino el amor al bien; pero cuanto más ha llegado el Bien a la conciencia en el hombre, tanto más queda de él que elevar a la condición superior de conciencia, al mundo celestial (Swara loka o Devachán).

En este estado el hombre goza de los placeres celestiales a los cuales se ha hecho acreedor por sus buenas acciones durante la existencia terrestre; pero

este estado también no es de eterna duración. Cuando se agota la actividad de las fuerzas superiores del alma, que se han despertado en él durante su vida, tiene que dejar el cielo de Indra, si no ha alcanzado aún el verdadero conocimiento divino, y volver a la existencia terrestre. (*Bhagavad Gîtâ, IX, 21*). Sin embargo, antes que suceda esto, el alma se despoja de su última envoltura, y pasa, aunque no sea más que por un momento, al estado del Despertamiento divino, en el cual ve su pasado y su futuro.

## **LOS SIETE PRINCIPIOS LAS CINCO**

### **ENVOLTURAS**

#### **LAS SIETE**

#### **ESFERAS**

#### **DURADERO**

7. Atma – El Espíritu Inmortal

El Amor

6. Budhi – Inteligencia

El Alma Celestial

5. Budhi-Manas – La Mente

Alma Humana

Anandamaya Kosha

Cuerpo Celestial

Vichnanamaya Kosha

Cuerpo del Conocimiento

Brama Loka

Mundo Divino

### **Doctrina del Conocimiento**

#### **VARIABLE**

4. Kama-Manas – Intelecto

Alma Humana-animal

3. Kama – Alma Animal. Deseo

Instinto

2. Prana – Fuerza Vital

1. Linga-Sarira – Cuerpo Etéreo

0. Sthula-Sarira – Cuerpo

Material

Manomaya Kosha

Cuerpo del Pensamiento

o Cuerpo Astral

Pranamaya Kosha

Cuerpo Vital

Annamaya Kosha

Cuerpo Etéreo

Fenómeno Material

Mahar Loka

Mundo Espiritual

Swara Loka

Mundo Celestial

Antariksha Loka

(Kama Loka)

Mundo Astral

Bhur Loka

Mundo Etéreo y

Mundo Visible

El regreso a la tierra se efectúa del modo contrario. Además, se comprende, para el místico, que los procesos aquí descritos no se verifican según un modelo, pues aunque la Ley es la misma para todos, es, sin embargo, variada en sus operaciones, conforme al grado de desarrollo en el cual se halla un hombre. Así, por ejemplo, el cuerpo etéreo en un adepto está suficientemente penetrado por el espíritu y lo bastante purificado para poder seguir existiendo en el plano astral. Para un hombre realmente bueno, no hay demora en Kama loka, y el que ya ha alcanzado aquí el Conocimiento divino, es elevado aún arriba del cielo. La descripción que precede, así como la siguiente, no tienen más objeto que el de dar un ligero bosquejo, cuya elaboración queda a la intuición del lector.

El hombre encarnado es tan sólo una idea que lleva en sí misma el impulso para su encarnación. Este impulso (la voluntad) es inconsciente e instintivo en el alma que no ha llegado aún al verdadero Conocimiento; pero es consciente en el Sabio; porque en el primer caso, la reencarnación es

involuntaria, y en el segundo es voluntaria. El alma que dormita es atraída ciegamente a donde gravita según sus inclinaciones arraigadas; el Sabio que baja voluntariamente a la tierra para cumplir una alta misión en pro de la humanidad, escoge por sí mismo las condiciones de su reencarnación que más convienen para su propósito. Su reencarnación es la expresión de su voluntad consciente, su «verbo hecho carne».

«Cuando la brillante luz del conocimiento resplandece en todas las puertas del cuerpo - es decir, cuando esta luz penetra todos sus sentidos, su sensación, volición y pensamiento -, entonces puede conocerse que *Sattva* está en su apogeo... Si prevalece *Sattva* en el instante de la muerte del cuerpo, el hombre se encamina a los diáfanos mundos del supremo conocimiento».

(*Bhagavad Gîtâ*, XIV, 11, 14). «Yo considero al sabio exactamente como a Mí mismo, porque viviendo siempre en estado de Unión espiritual, marcha seguro por la suprema senda que conduce hasta Mí. El hombre lleno de sabiduría no llega hasta Mí sino después del término de numerosos nacimientos, porque es muy difícil encontrar un *Mahâtmâ* que diga: Vasudera es el Todo». (*Bhagavad Gîtâ*, VII, 18, 19).

Las acciones de un hombre son la expresión de su naturaleza y la especie de su naturaleza es determinada por sus acciones. Así, por ejemplo, un hombre se vuelve ladrón porque el robar se ha hecho costumbre en él, y cuando se ha vuelto ladrón, roba porque el robar está en la naturaleza de un ladrón. De igual manera, se vuelve bueno un hombre por la práctica de buenas acciones, y ejecuta buenas obras porque esto es inherente a la naturaleza del hombre bueno. Cada uno gravita hacia donde pertenece, y por tanto determina también el Karma de un hombre (el resultado de sus acciones) la especie de su reencarnación. «Aquel que no ha prosperado en el Yoga, renace en un hogar puro y dichoso o bien nace en una familia de sabios, y lucha con nuevos bríos para obtener la perfección». (*Bhagavad Gîtâ*, VI, 41).

Por el contrario, si muere un hombre en cuya naturaleza está presente el egoísmo, volverá, al fin de su existencia personal, a nacer entre hombres adictos al egoísmo y a la codicia, y si al abandonar esta vida impera en su reino la necedad, volverá a nacer entre los necios. (*Bhagavad Gîtâ*, XIV, 15).

Hay dos caminos abiertos al hombre: el camino del Sol del divino Conocimiento de sí, es decir, el camino de Dios, el cual lleva allí de donde no se vuelve; y el camino de la luz de la «Luna», es decir, el camino de las ilusiones, cuya base es la ilusión del yo, y por el cual vuelve uno a la tierra. El uno lleva al dominio del Conocimiento de la Verdad, el otro al dominio de la fantasía. En el sabio arde el fuego del Amor al Bien infinito, y la luz del

Conocimiento crea en su alma el día resplandeciente; pero la mente de los piadosos que no han alcanzado el verdadero Conocimiento, se oscurece con el «humo» de la superstición, y en ellos impera la ignorancia. (**Comp. Bhagavad Gîtâ, VIII, 24, 26**). Por consiguiente, los sabios se esforzaron siempre en andar por el camino de la Verdad, y como el Sol del Conocimiento, estaban altos en el cielo espiritual, mientras que en nuestros tiempos en que la inteligencia terrenal ha alcanzado su florecencia, la mayor parte de los hombres siguen el camino de las ilusiones, en el cual los guía la luz de la fantasía.

Así como en el hombre individual se verifica una fluctuación constante entre lo superior y lo inferior, entre la espiritualidad y la materialidad, entre lo Divino y lo animal, así también se verifica un cambio periódico en el gran Todo, en el Macrocosmos. La humanidad entera recorre como tal períodos de oscuridad y de iluminación universales, exactamente como en el mundo exterior pasa del día a la noche. Hay períodos en que está alto el Sol de la divina Sabiduría, y otros en que parece estar rodeado de nubes. La historia nos enseña que a los periodos de incredulidad siguen períodos de superstición, y a éstos, periodos de escepticismo. A la superstición de la edad media siguió el escepticismo de los nuevos tiempos, y la civilización de hoy día se encamina de nuevo a la superstición. Tales son los períodos pequeños; los grandes períodos del mundo son llamados «yugas», y se distinguen cuatro períodos semejantes, cuya duración es como sigue:

- 1.- Krita Yuga o Satya Yuga, la edad de oro:  
1.728.000 de nuestros años.
- 2.- Tretâ Yuga: 1.296.000 años.
- 3.- Dwapara Yuga: 864.000 años.
- 4.- Kali Yuga o período oscuro: 432.000 años\*.

**(\*) Nos encontramos ahora al fin de los 5.000 primeros años del Kali Yuga, los que se terminaron al principio del año 1898, y se acercan grandes revoluciones sociales y políticas, y aun cambios físicos en la superficie de la tierra.**

Cada uno de estos períodos no sucede bruscamente al que le precede, sino que hay siempre entre ellos un «alba» y un «crepúsculo». Durante semejantes transiciones ocurren cambios en la condición del alma del mundo, y ya que el mundo exterior no es otra cosa que la expresión exterior de las

condiciones interiores de esta vida del alma, no es de admirar que por eso se verifiquen cambios en la vida de los pueblos, en su disposición mental, y aun cambios geográficos de la tierra por medio de hundimientos de continentes y de erupciones volcánicas. ***(Durante semejante transición se verificó la gran catástrofe por la cual, en el año 9564 antes de la era cristiana, se hundió el continente de la Atlántida, y recibió a la Europa su forma actual).***

El progreso espiritual es mucho más dificultoso durante el período de la oscuridad espiritual que no durante el período de la luz. Entonces es mayor la resistencia de la materia; pero también se eleva tanto más el alma cuando vence a dicha resistencia. Sucede lo mismo con lo espiritual que con lo material: cuanta más resistencia hay, tanta más fuerza es preciso conseguir para superarla. Donde no hay nada que superar, no tiene lugar ningún desarrollo de fuerza. Cuanto más profundo se ha hundido el hombre, tanto más poderosos son los medios que se le presentan para elevarse. Cuanto más asqueroso es el fango moral que le rodea, tanto más fácilmente se libra de él siempre que él mismo no esté penetrado de dicho fango. Cuanto más se eleva el hombre, tanto más se ensancha su horizonte espiritual; pero para elevarse, necesita de los peldaños contruidos de materia sólida. Los peldaños que conducen al conocimiento son el error y el pecado. Aquel que los vence, se sirve de ellos para elevarse.

En toda la naturaleza se verifica una reencarnación. Las flores que se marchitan en otoño, vuelven a aparecer en la primavera. Por cierto, las nuevas formas no son por su naturaleza las mismas que desaparecieron (las formas por sí mismas no tienen generalmente nada substancial, sino que son tan sólo fenómenos corporificados de las fuerzas que obran en ellas); pero las mismas fuerzas naturales que en un año han producido varias especies de plantas, cada una según la naturaleza de su semilla, vuelven a producir las mismas formas en el año siguiente. La individualidad espiritual del hombre con las facultades que residen en su ser, es la semilla que produce siempre nuevas personalidades cuyos atributos psíquicos son condicionados por el Karma que recogió el hombre en el pasado. Lo que lleva al alma humana a la reencarnación es la ilusión de que es algo diferente del Ser divino; pero cuando la divina Semilla en el hombre se eleva y llega al conocimiento de su verdadera naturaleza divina, desaparece la ilusión de la separación de Dios, entiende el espíritu del hombre que él mismo es todo, no está ya obligado a reencarnarse, y vuelve a ser aquel Espíritu del Todo, que fue de toda eternidad.

Empero, si la Deidad no gana nada, ni cambia en manera alguna con

hacer nacer y perecer a los mundos, se presenta entonces la pregunta que ha tenido ocupados a tantos filósofos, a saber: ¿Para qué creó Dios el Universo?. Se dice que lo hizo por amor; pero si todo es Dios, no existe nada que este Ser universal pudiera hacer objeto de su amor, sino El mismo. El Amor del Absoluto para Sí mismo, es el Amor absoluto del cual procede el Conocimiento de sí mismo. El Alma del mundo es el espejo en el cual el Espíritu Universal percibe su imagen, y el mundo de los fenómenos es el resultado de su ideación. Se podría contestar a la pregunta supracitada con la siguiente: «¿Por qué gusta la hermosura de ver su imagen en un espejo?». Es inherente en la naturaleza de Dios el manifestarse para sí mismo por medio de su creación. Su manifestación es el objeto de su amor, y su amor abarca todo lo que contiene su manifestación y que está en armonía con su propio Ser, pues se ama a sí mismo en todas las cosas. Empero, allí donde la naturaleza divina ha llegado a manifestarse más, es mayor el amor de Dios, es decir, el amor a lo divino en todo; y el que anda en el verdadero Amor, vive en el verdadero Conocimiento, es Uno con Dios, porque su amor es su esencia, y esta esencia es Una con el Conocimiento de Dios en el Universo.